

Boletín Salesiano

Revista de las Obras de Don Bosco

Turin — Via Cottolengo N. 32.

SUMARIO.

El monumento a Don Bosco	201	EL CULTO DE MARÍA AUXILIADORA: La solemnidad en el Santuario de Valdocco	209
El Cincuentenario del primer Colegio Salesiano	204	Gracias de María Auxiliadora	211
DE NUESTRAS MISIONES. — China: <i>Librado de una banda de piratas</i> — Brasil: <i>Gratas noticias de las Colonias de los Bororos</i>	206	POR EL MUNDO SALESIANO: El sucesor de D. Bosco en España: <i>Salamanca, Béjar, Vigo, Santiago, Coruña</i> — Noticias varias	213
		Tesoro espiritual	227
		Da. Isabel Serra de Chopitea	228

El monumento a D. Bosco.



OR fin, hemos tenido la dicha de ver el boceto definitivo que perpetuará en medio de la plaza de María Auxiliadora la amable figura de D. Bosco y la gratitud de sus ex-alumnos.

Mucho debió reflexionar el Jurado antes de decidirse, porque el número y el valor artístico de los bocetos presentados dificultaban en gran manera la elección. Eran 62 bocetos en los cuales 59 escultores habían querido dar forma plástica a la gran figura de D. Bosco; todos ellos habían estudiado al hombre que debían representar y cada uno había creado para ello un boceto. Todos esos 59 artistas habían dicho su palabra acerca del gran apóstol; todos lo habían retratado en medio de su obra grandiosa que aparecía en cada boceto con una belleza especial. ¡Si

hubiera sido posible fundir en un boceto solo todos los rasgos geniales distribuidos en cada uno! De ahí la dificultad de elegir; pero, por fin, la necesidad de decidirse, puesto que el año del centenario se acerca, puso término a los titubeos que el mérito relevante de varios bocetos justificaba sobradamente; y el Jurado se decidió por el de Cayetano Cellini de Turín, aprobado en el segundo concurso abierto con los cinco artistas premiados.

D. Bosco, pues, ya tiene su monumento conmemorativo. Nos reservamos para otra ocasión el presentarlo a los lectores, contentándonos por ahora con darles la fausta noticia.

D. Bosco tiene ya su monumento, hemos dicho; pero nuestros lectores saben de sobra que hay ya varios mo-

numentos de D. Bosco. Queríamos decir un monumento especial, no sólo porque se levantará en el mismo teatro de sus apostólicas proezas a conmemorar el primer centenario de su nacimiento, sino porque ese monumento es la ofrenda de los discípulos al maestro, y reviste, como hemos dicho en otro lugar, todos los caracteres de un acontecimiento en la historia de la Pedagogía. Para convencerse de ello, basta echar una ojeada a las listas de los donativos, y se ve en seguida que todavía el educador vive en el alma de sus educandos, a los cuales supo hacer tanto bien y *persuadirlos de que se lo había hecho*. Por eso los exalumnos de las escuelas salesianas reclaman para sí la gloria de haber propuesto el monumento y el mérito de llevarlo a cabo. « En efecto, dice uno de ellos, el Prof. Gribaudo, es verdad que hay muchos admiradores de las obras de D. Bosco, que hay muchos también que tuvieron la gloria de cooperar con él al cumplimiento de aquella misión de cristiana caridad que Dios había confiado a la obra de D. Bosco; sin embargo, somos nosotros los exalumnos los que más directamente hemos podido gozar de los beneficios de las obras del Padre, y es natural, por tanto, que seamos los primeros en las demostraciones de gratitud con que se va a celebrar el centenario del nacimiento de D. Bosco. »

Ahora toca a los exalumnos de todo el mundo hacer efectiva su gratitud. Por de pronto hemos de notar ya con gran complacencia que hay algunos que no se han contentado con mandar la ofrenda que a su posición económica convenía, sino que la van repitiendo según la gratitud los impulsa.

No se podía esperar menos de los exalumnos de D. Bosco y esa es la prueba de que lo son de verdad; puesto que los buenos sentimientos que la educación salesiana cultivó en ellos, dan

ahora sus hermosos frutos. Así la erección del monumento viene a confirmar una vez más cuánto lo merece D. Bosco y a demostrar el valor pedagógico y apologético de su obra.

« Y en verdad, como notó el *Pro Familia* de Milán, no solamente numerosos artistas han tenido ocasión de meditar largamente la vida y obras de D. Bosco para ver de qué manera se podía resumir en una impresión estética la admiración y el afecto inspirados por él; no sólo los miles de personas que visitaron la exposición han podido confrontar estas impresiones con la idea que ellos se hicieron de D. Bosco, renovando así en sus impresiones y juicios la memoria del santo; más también los críticos, al examinar los trabajos, miden, no tanto el valor de la perfección técnica, cuanto la correspondencia del D. Bosco figurado con el D. Bosco real. La base del esfuerzo de los artistas y de las apreciaciones de los críticos es siempre la grandeza de aquel a quien se quiere representar. Y por eso, antes de que exista el verdadero monumento, en su mismo período preparatorio, cumple ya la misión por la cual ha existir; y ello no será una especie de deuda que pagada de una vez al gran bienhechor, ya no hay por qué pensar en ella ni en él; antes bien, será una excitación perpetua a vivir con él, a penetrarse de su espíritu y a continuar cada vez con más intensidad la obra por él comenzada. »

Y volvemos a notar otra vez que esta excitación, este estímulo perenne, perpetuado delante de las alma por el bronce y el mármol, viene precisamente de aquellos que fueron objeto de las maternales solicitudes de esa obra misma cuya difusión y prosperidad se estimula con el monumento.

Pero oigamos de nuevo al Presidente de la Federación Internacional. « El Consejo directivo de nuestra Federación y la

Comisión ejecutiva del monumento, con la ayuda moral de los Superiores y de la Sociedad Salesiana, han hecho cuanto estaba de su parte para llevar adelante los trabajos preparatorios; ahora debe comenzar el trabajo de todos nuestros círculos y asociaciones de exalumnos, para llevar a feliz término el monumento que hemos decretado levantar a nuestro amado Padre ».

¡Pero son tantos los exalumnos de D. Bosco! Muchísimos de ellos envueltos tal vez en la confusión de esta vida vertiginosa que caracteriza nuestra edad; perdidos quizá en una lejana ciudad o aldea a muchos kilómetros de la patria y del colegio que los educó, ni siquiera sabrán que se trata de dar cuerpo real a uno de los sentimientos que ellos llevan allá en el fondo de su co-



MILÁN (Italia). — Alumnos de la primera comunión.

Hace pocos meses desde que esto se escribía; y el trabajo comenzó y progresa con esa rapidez que comunican a las obras materiales los impulsos vehementes de una muchedumbre. Las listas de donativos se suceden, se repiten y crecen con un entusiasmo que recuerda aquellas explosiones populares de amor y veneración que D. Bosco recibía de millares y millares de jóvenes por él educados.

razón. Por eso quisiéramos que llegara hasta ellos la voz de estos exalumnos que tenemos la dicha de ver de cuando a nuestro lado; que oyeran aquellos también alguna de estas frases que nosotros oímos con tan consoladora frecuencia de los labios de nuestros antiguos discípulos, que hallaría sin duda eco muy grato en su alma despertando allí los dulcísimos recuerdos de la alegre niñez, adormecidos

por el trajín de la vida, que los va alejando cada vez más de aquellos días felices cuyo encanto crece a medida que se van alejando.

Y no solamente esos exalumnos lejanos, también nuestros cooperadores las oirán con suma complacencia, porque esa educación es el suspirado fruto de sus limosnas.

Terminamos, pues, poniendo para unos y para otros estas palabras del primer número del *Boletín* de los exalumnos.

« Tenemos completa seguridad de que los buenos Cooperadores salesianos no verán con malos ojos esta nuestra decisión de alzar por nuestra propia cuenta el monumento a D. Bosco, porque ella es la prueba mejor de que la obra de D. Bosco y sus cooperadores no fué vana.

Vosotros, generosos Cooperadores, ayudañsteis de mil maneras a D. Bosco y a sus salesianos; y nosotros mostrándonos agradecidos a la obra salesiana, tenemos que mostrarnos agradecidos

también a vosotros, que en esa obra tuvisteis tan gran parte.

Y ahora nosotros tenemos la palabra, amigos exalumnos. Démonos la mano como buenos hermanos y trabajemos para preparar un recuerdo digno de nuestro gran Padre. Estamos esparcidos por lejanísimas tierras, hablamos lenguas diversas, y hasta somos de diverso color; pero fuimos educados con los mismos principios, y hemos respirado el mismo aire en los colegios salesianos. Cuando, al viajar por el mundo, oímos pronunciar el nombre de D. Bosco, nuestro corazón late con alegría y estrechamos con fraterno afecto la mano del que pronunció con reverencia el nombre de nuestro Padre. ¡En el nombre de D. Bosco nos sentimos hermanos!

Consagremos, pues, en bronce y mármol esta hermosa unión de los corazones y de las almas; sepa el mundo entero cuán profunda es en todos nosotros la gratitud a D. Bosco y a los continuadores de su grande obra de caridad y cristiana civilización. »

El Cincuentenario del primer Colegio Salesiano

« Era en Octubre de 1863. D. Bosco envió entonces algunos de sus hijos a fundar el pequeño seminario o colegio de S. Carlos en *Mirabello Monferrato*, colegio que en 1870 fué trasladado a *Borgo S. Martino*. Jefe de la expedición era D. Miguel Rúa el cual apenas contaba 26 años... » Así principiaba este año su carta anual a los Cooperadores el Sr. D. P. Albera, que se encontraba entre los primeros que se alejaban del Oratorio para fundar fuera de Turín el primer colegio salesiano e imitar los ejemplos de caridad y celo de Ven. Padre fundador. « ¡Quién hubiera dicho, añadía él, que en el breve espacio de cincuenta años la Pía Sociedad Salesiana había de alcanzar una expansión tan rápida y prodigiosa, y que el humilde infrascripto había de ser llamado por la Divina Providencia a gobernarla después de D. Bosco y de su primer sucesor D. Miguel Rúa! »

Y era vivísimo el deseo tanto de los actuales superiores y colegiales como de los antiguos alumnos del Colegio de S. Carlos, que el sucesor de D. Bosco no faltase a las fiestas del cincuentenario.

Pero se hallaba en España y no fué posible aplazar dichas fiestas, a las cuales se unió en espíritu « deseando a todos que nos podamos reunir un día en el cielo con D. Bosco y los otros superiores ».

El domingo 7 de marzo los alegres ecos de la banda anunciaban el principio de las fiestas, en tanto que los alumnos acogían con júbilo y vivas a Mons. Ludovico dei Marchesi Gavotti, Obispo de la diócesis, que celebró la misa de comunidad. D. Felipe Rinaldi celebró la otra en representación del Rector Mayor.

Después de las funciones religiosas, se descubrió una lápida conmemorativa. A la ceremonia

asistían el Sr. Obispo y el Prefecto de Casale, representantes de las autoridades civiles y escolásticas, el Sr. Alcalde y numeroso público. Entre los discursos que se pronunciaron el del abogado Sr. Miglioli fué un himno de alada poesía a sus Superiores difuntos. Terminado el acto, se pasó al refectorio cuyas mesas ocupaban trescientos cubiertos. A los brindis se leyeron muchas adhesiones y el abogado D. Tulio Maestri se hizo aplaudir calurosamente al hablar de la educación cristiana; el Subprefecto, Don

y a los acordes de la banda se fué cada uno a sus ocupaciones con el corazón rebotando de los más placenteros sentimientos.

En estas solemnísimas fiestas tomó gran parte la población. El Sr. Alcalde tuvo la atención de publicar el siguiente manifiesto:

« Recordemos — decía — que así como la buena semilla esparcida por nuestros agricultores en estas feraces llanuras y fecundada por el calor del sol da copiosas mieses; así también la semilla sembrada en los corazones ardientes y tiernos



BORGO S. MARTINO (Italia). — Un grupo de ex-alumnos presentes el 27 de abril.

Felipe Rinaldi y el Sr. Obispo, que hablaron después, fueron también muy aplaudidos. El resto del día se pasó entre el concierto de la banda y una fantástica iluminación.

El segundo día acudieron muchísimos sacerdotes, pues el domingo anterior habían estado ocupados en el sagrado ministerio. El Sr. Obispo cantó la misa de *Requiem* por los Superiores y alumnos difuntos. Hubo nuevamente discursos y aplausos delante de la lápida, y nuevo banquete en el cual los oradores hicieron revivir los felices días pasados en el colegio. Volvió a hablar el Sr. Obispo que se mostró altamente satisfecho por haber asistido a tan cordiales festejos,

almas de la juventud estudiosa dió a la patria valientes defensores y doctos ciudadanos que la ilustraron.

El domingo venidero cuando el alegre tañido de las campanas pase como un grito de alegría por encima de los campos en flor, volviendo nuestro pensamiento a Dios y con el corazón lleno de amor fraterno, celebremos la creciente fortuna del Colegio de S. Carlos para bien de nuestros hijos y mayor gloria de esta tierra de valientes. Así habremos cumplido un acto de debida gratitud, rindiendo un nuevo homenaje de sincera devoción a nuestro Borgo amado ».



CHINA.

Librado de una banda de piratas.

(Carta de D. G. Pedrazzini Pbro. al Sr. D. P. Albera)

Macao, 23 de Abril 1913.

Rvmo. Padre:

¡Viva María Auxiliadora cuyo mes comienza hoy! Escapado milagrosamente de una banda de piratas cumplo la promesa de hacer público mi reconocimiento.

Volvía de la misión de *Seak-Kei* en una de aquellas gabarras chinas de dos o tres pisos, remolcada por un vaporcito, cuando al volver un recodo del río, una descarga de fusilería nos advirtió que nos las habíamos con una cuadrilla de piratas.

La niebla había favorecido los planes de los foragidos, y la posición que habían escogido era inexpugnable.

Nuestro remolcador llevaba seis soldados, pero estos asustados por la sorpresa, después de una débil resistencia, cortaron el cable y huyeron a Macao porque creyeron inútil resistir.

La gabarra llena de pasajeros y de ricas mercancías sin defensa alguna, fue fácil presa de los bandidos.

Una granizada de balas nos obligó a acurrucarnos todos como pudimos en la parte inferior de la gabarra. No me detengo, amado padre, a describir el pánico de los viajeros. Del primer piso iban pasando al segundo, y del segundo se dejaban caer resbalando al fondo de la embarcación que estaba lleno de sacos de arroz, siempre perseguidos por la lluvia de balas que venía de las orillas. Pero el fuego no cesaba. Un gran farol que iluminaba la bodega saltó hecho pedazos las balas silbaban sobre nuestras cabezas, atravesando con un seco chasquido la madera del casco. Finalmente se oyó un toque de corneta.

Cesaron los golpes; y después de un instante de angustiosa zozobra, una horda de facinerosos invadió la gabarra y aparecieron en la escalera unos cuantos con los fusiles chados a la cara. Se nos intimó que saliésemos todos y que entre-

gáramos el dinero y objetos de valor bajo pena de muerte. Todos se apresuraron a salir. Con la confusión producida al entregar las cosas yo me escurrí por una escotilla y me agazapé entre dos cajas en un compartimento vecino. La gente se despojaba de todas sus prendas y luego venían a ocultarse también en aquel estondrijo. Yo hubiera dado de buena gana el reloj y el poco dinero que llevaba; pero mi cualidad de europeo podría despertar en aquellos tigres el odio de raza, y me pareció mejor esconderme lo mejor que pude. Los piratas, no contentos con lo que se les había dado, comenzaron a registrar con gritos y amenazas a los pasajeros más ricos, usando violencias brutales.

Un pobre anciano que se había olvidado de entregar su reloj, recibió tan tremendo golpe en la frente con la culata de un fusil que cayó redondo a mi lado; al caer se agarró instintivamente a un bolsón de dinero que un vecino quería esconder, y el bolsón se volcó esparciéndose el dinero a mis pies.

Dos se echaron encima del viejo con la rapidez de un relámpago, lo alzaron en vilo sobre una caja y se oyó un disparo.

Cerramos los ojos instintivamente y el terror se apoderó de nosotros.

La bala le había atravesado un brazo y el herido cayó en un rincón de la bodega como un saco de arroz. Yo estaba allí al descubierto, casi solo, con un bolsón de monedas de plata volcado a mis pies. Me tapé la cara con una mano y supliqué a la Virgen Santísima que me ayudara prometiéndole publicar la gracia. Y ésta fué pronta, plena, generosa: la gracia que la Madre concede a sus hijos. Alzo los ojos y me encontré en frente de tres piratas auténticos: en medio el cabecilla con una pistola Browning en una mano y la corneta en otra, a los lados dos compañeros armados hasta los dientes y uno con el fusil todavía humeante.

— ¡Lo fan!... (¡Venerando europeo!) dijo el cabecilla; ¡Neini pá, ni sai Kieng! (Tú no miedo, no hay para qué temer). — Y en efecto, subió dos peldaños de la escalera y grito a su mesnada: ¡Cuidado que hay un europeo! ¡Ay del que le toque! — Adelantóse, y cogiendo una silla,

como un señor de su casa que honra a un huésped, me ofreció asiento; luego recobró su ceño de verdugo, y desapareció por un camarote contiguo.

Desde mi silla contemplaba yo un espectáculo de desolación. Aquella pobre gente despojada de sus objetos temblaba postrada en tierra. Los ricos, además de haber sido robados, yacían en el suelo heridos y con la ropa desgarrada; los bandidos, siempre insaciables, daban vueltas en

entre la niebla cargados de botín y sin dejar rastro de sí.

Después de un cuarto de hora, cobramos ánimo; prestamos a los heridos los cuidados necesarios y salimos al aire libre. Pasó todavía una hora larga de penosa expectativa, y apareció por fin una lancha de soldados que nos remolcó hasta Macao.

Ahora me encuentro feliz aquí entre mis hermanos, y el pensamiento vuela a Turín para po-



MILÁN (Italia). — Oratorio Salesiano de Via Copérnico.

torno de ellos y los atormentaban más y más. Entre los sicarios había uno que no había oído la orden del jefe, y al verme tranquilo dirigió furioso el cañon de su fusil a mi pecho...; pero intervinieron rápidamente otros dos y le arrancaron el fusil de las manos. Dios nuestro Señor fué servido que, después de una hora de angustia, sonase la corneta; los piratas, disparando por ultima vez contra los sacos de arroz para cerciorarse de que no había nadie, se retiraron. La voz del capitán prohibió bajo pena de muerte volver a pisar la cubierta, y aquella cuadrilla de foragidos, que serían unos cincuenta, armados todos de pies a cabeza, desaparecieron

nerme en espíritu a los pies de María Auxiliadora y cumplir mi promesa. Bendiga amado padre, a este su hijo que por segunda vez, debido a la protección de la Virgen, sale ileso de tan terrible lance.

Bendiga también esta misión de la China que da ya tan buenas esperanzas.

Desde que nos encontramos aquí, se abrieron cinco nuevas capillas, pequeños granos de mostaza que esperamos ver transformados en árboles gigantescos, que cubran con sus benéficos ramos nuestra fértil provincia de Heung-Shan.

Bendigamos a todos, y que esta bendición se

extienda a los nuevos operarios salesianos que se están preparando para esta misión.

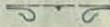
Aprovecho la ocasión para recomendar a nuestros buenos cooperadores y celosas cooperadoras la capilla que pronto construiremos en *Seak-Kei*. Objetos de iglesia, ornamentos sagrados, medicinas y cachivaches de farmacia nos serán providenciales en las circunstancias en que nos encontramos.

Dispense, amado Padre, la libertad que me tomo, y bendiga de nuevo al que respetuosamente le besa la mano y se ofrece de V. afmo. hijo in C. J.

JUAN PEDRAZZINI.
Misionero Salesiano.



BRASIL



Gratas noticias de las Colonias de los Bororos.

(Carta de D. Juan Bálzola al Sr. D. P. Albera).

Colonia de S. José, Sangradouro,
19 de marzo de 1913

Rmo. Sr. D. P. Albera:

Gracias a Dios, también esta vez tengo que darle buenas noticias.

Tuve el gusto de hacer una visita a la siempre querida Colonia del Sgdo. Corazón y a la de la Inmaculada en compañía del incansable D. Antonio Malán. El día de Reyes, once años después de la fundación de la colonia del Sgdo. Corazón, tuve el consuelo de celebrar en esta colonia la misa de comunidad en la espaciosa capilla inaugurada poco ha. ¡Qué alegría al verla casi llena de hijos de la floresta, que elevaban al Señor sus plegarias por los misioneros sus bienhechores! Recordé entonces los primeros años en que debí celebrar bajo la pobre tienda, sobre un altar de cañas que durante el día me servía de mesa, y en continuo peligro de vernos asesinados, como ahora después de diez años, nos revelan los indios con toda candidez!

Mi emoción y la de los demás se aumentó cuando el Sr. Inspector administró el santo bautismo y bendijo el matrimonio de nueve familias, elevando así a 24 el número de las familias cristianas de los Bororos de la colonia.

Y si tanta alegría me produjo el reco- los frutos de tantos sacrificios y sudores prodigados en los primeros años, no es menor el gozo que

experimento en esta colonia de S. José que aun no cuenta cuatro años de existencia. También aquí el Sr. Inspector tuvo la fortuna de bautizar y bendecir el matrimonio de dos caciques, Anacleto y Luis, y con estas dos son ya cuatro familias cristianas.

Para ellas hemos comenzado a construir una aldea. Tenemos ya hechas cuatro casas de ladrillos, que en parte están todavía cubiertas de paja. Esto influye mucho sobre los indios; tanto, que más de una familia me ha rogado que las prepare al bautismo y al sacramento del matrimonio para la otra venida de D. Antonio Malán.

Es en verdad consoladora la confianza que tienen en el misionero, especialmente en el Inspector, pues comienzan a comprender que todos trabajamos para su bien. Se dan cuenta de que cumplimos nuestras promesas, que las grandes plantaciones que llevamos a cabo son para darles de comer; y esto los anima. Y por cierto que la tierra gracias a Dios nos da lo suficiente para vivir; pero esto no nos quita el trabajo, más aún, lo aumenta.

No deje, amadísimo Padre, de rogar por esta misión. Encomiéndola también a las oraciones de nuestros beneméritos cooperadores, a fin de que podamos alcanzar las gracias necesarias para salvar muchas almas y asegurar así la salvación de la nuestra.

Reciba en tanto nuestro más cordial saludo y bendíganos a todos; pero especialmente a su

Afmo. hijo en Jesús y María

JUAN BALZOLA.



Avísamos a nuestros celosos cooperadores de la República de Guatemala que, habiendo renunciado el 1º de abril el Rvdo. Sr. D. Pedro J. Palacios Pbro. al cargo de Director Diocesano de los Cooperadores, autorizamos en su lugar al Sr. Dr. D. Federico Ruévolo, que desde hace tiempo ha prestado importantes servicios a la Pía Unión de Cooperadores Salesianos.

Damos gracias públicamente al Sr. Palacios de lo mucho que ha hecho por la Obra Salesiana, doliéndonos en el alma de que el estado de su salud no le permita continuar en su cargo. Le deseamos pronto restablecimiento, dando gracias también a los cooperadores que quieran seguir pres-tándonos su generoso apoyo.



LA SOLEMNIDAD TITULAR

EN EL

SANTUARIO DE VALDOCCO

Con el esplendor de otros años comenzó el 23 de abril el siempre grato mes de nuestra Patrona, atrayendo multitud de fieles las hermosas pláticas que mañana y tarde predicaban en el Santuario D. Antonio Notario y Don Albino Carmagnola.

La frecuencia de los Sacramentos, que comenzó ya desde el principio, fué aumentando sin cesar, así que todas las mañanas hacían falta dos o tres sacerdotes para distribuir continuamente las comuniones. El 15 se vistió el Santuario sus mejores galas para la novena; y, a pesar de las lluvias que cayeron algunas tardes, el vasto templo se veía siempre atestado de gente, que a veces daba el edificante espectáculo de asistir desde afuera, por no haber más dentro, a las devotas prácticas, arrodillándose en el atrio para recibir la bendición.

El aniversario de la coronación fué celebrado con especial pompa, interviniendo Mons. Castale, Obispo tit. de Gaza. La víspera de la fiesta D. Esteban Trione dirigió la palabra a los Cooperadores; después de él nuestro querido Rector Mayor D. P. Albera cautivó la atención del inmenso auditorio, contando las maravillas que en favor de la Obra Salesiana había hecho María Auxiliadora y él presenciado en sus viajes por América y últimamente por

España. Su palabra escuchada con religiosa avidez descendió suavísimamente a los corazones de los oyentes y llegó conmovida al trono de María Auxiliadora como un himno de gratitud por tantos beneficios. Después de las vísperas solemnísimas en que ofició S. E. Mons. Castelli, Obispo de Susa, la multitud que se reunió delante de la iglesia para admirar la espléndida iluminación exterior del Santuario, superó todo cálculo. No sólo la plaza donde tocaba la banda del Oratorio festivo, sino también las calles adyacentes y paseos estaban llenos de un gentío innumerable.

La basílica estuvo abierta todo el día y casi toda la noche llena de fieles que entonaron con piedad y fervor conmovedores el *Magnificat* a las doce, repitiéndose antes y después plegarias y cantos. Al amanecer comenzaron ya a venir peregrinaciones y devotos en tan gran número que era difícil entrar y salir de la iglesia. Pasaron de ocho mil las comuniones distribuidas por la mañana. A la misa pontifical de Mons. Castelli y al elocuente panegírico del Prof. Carmagnola, asistió tanta gente que en tribunas y esquinas, coro y capillas, no había un lugar vacío.

La procesión fué imponente. Habían acudido romeros y devotos hasta de las más remotas provincias de Italia y del extranjero. A las 19 comenzó a desfilar el pintoresco cortejo. Lo abrían dos interminables filas de niños y niñas, señoras y madres cristianas; venían después otras filas más compactas aún de jóvenes alumnos y ex-alumnos, divididas aquellas y

éstas en grupos cuyos vistosos estandartes brillaban a los últimos rayos del sol. Luego centenares de acólitos y sacerdotes, pequeño clero y niños y niñas ricamente vestidos que daban a la procesión su característica. La hermosa imagen recorrió así en medio de sus hijos las calles cercanas, entre dos filas de gente devota o curiosa que cubría materialmente las calles del tránsito, a cuyas invocaciones y plegarias se unía el alegre repiqueteo de las campanas y los ecos de cinco bandas, todo ello envuelto en la luz de un crepúsculo primaveral. Al volver la imagen, se iluminó la fachada del templo y la devoción extalló en un *Magnificat* que se alzaba de aquel mar de cabezas humanas como un salmo gigantesco. Otro momento de inefable emoción fué cuando S. E. apareció en la gradinata del Santuario con S. D. M. en las manos, para dar la bendición al pueblo. De la plaza y de los balcones y ventanas colgados de fiesta y llenos de luces salió un ¡viva! a Jesús Sacramentado que conmovió a los más serenos.

Luego se repitió el espectáculo de la noche precedente; parecía la muchedumbre que no sabía cómo abandonar el templo, y la plaza continuó llena hasta bien entrada la noche.

SANTIAGO (Chile).—Tomamos de *El Mensajero de María Auxiliadora*. — Con todo esplendor se celebró en la « Gratitud Nacional » la festividad de María Auxiliadora.

Extraordinaria fué la afluencia de gente a las varias funciones que fueron oficiadas por los Ilmos. Sres. Obispos Dr. D. Miguel Caro y Dr. D. Augusto Klincke.

¡Cuánta devoción y recogimiento en esa multitud de fieles devotos de María, que como una oleada avanzaba hasta la Sagrada Mesa, rodeando al ministro del altar para recibir a aquel mismo Jesús que vió un día la tierra tan lleno de bondad y de dulzura!

Contribuyó, sin duda, a elevar más las almas a Dios, en íntima y filial comunicación, la música estrictamente litúrgica, que se difundía solemne por el templo, envolviendo las plegarias de los corazones.

Pedemos decir con verdad que la fiesta de nuestra celestial Patrona ha resplandecido también con claridades de aurora sobre las sombras que en vano intentaron amontonar en torno nuestro, la perfidia y el odio sectarios. *¡Mentita est iniquitas sibi!*

¡Viva, por tanto, María Auxiliadora!

A aumentar las ya intensas alegrías de esta solemidad, vino la sorpresa jubilosa del regreso del Ilmo. Señor Internuncio. Su presencia en nuestro colegio hizo que le tributáramos sencilla pero espontánea manifestación de cariño. La voz de la inocencia y del reconocimiento tuvieron en esta circunstancia modulaciones que habrán mitigado un tanto el amargo dejo de esas otras voces rebeldes, que hemos oído en estos días atronando las calles.

Por último, cerró los actos solemnes, en honor de la Auxiliadora, la hermosa conferencia del Sr. Luis Iglesias a los Cooperadores.

Y así terminó el 24 de mayo tan rico en frutos de piedad y gratas emociones.

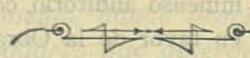
BOGOTÁ.— Que en toda la República y de una manera especial, en su devota y culta Capital, se ama a María Auxiliadora, se demostró una vez más con la fiesta que en su honor se celebró el 24 de mayo. Por hallarnos en la Octava de Corpus y estar la Basílica ocupada, no se pudo celebrar allí la función; pero eso nada impidió para que se hiciera derroche de lujo en nuestra iglesia. Iluminada con centenares de lamparillas eléctricas, se destacaba en un fondo azul la hermosa Virgen; conmovida debió de contemplar a la numerosa multitud que, a sus plantas, iba a rendir homenajes y pedir favores.

S. E. Mons. Higuera pontificó; ocupó la cátedra sagrada el Doctor Zaldúa; fué una oración magistral tanto por lo bien que desarrolló el tema como por la materia que expuso. A toda orquesta y con un coro de setenta voces se interpretó la *Missa Festiva* del Mtro. Meureur.

Por la tarde tuvo lugar la conferencia sobre las obras salesianas; la dictó el Doctor Castro, vicerrector del Seminario; su palabra fácil y convincente hacía resaltar muy bien las obras que sabe realizar la obra del inmortal Don Bosco.

Acto continuo el Ilustrísimo Señor Herrera, Arzobispo primado, dió la bendición con S. D. M. y después la papal.

La gente se fué retirando y la iglesia quedó sola; la Virgen permanecía allá, en su fondo azul, rodeada de centenares de lamparillas eléctricas y sonriendo, contenta de sus amantes hijos.



Gracias de María Auxiliadora.

Pariaguán. (*) — En el mes de mayo del presente año salí en lo más fuerte del verano del Concilio; en compañía de dos hombres que me ayudan en mis trabajos, a quemar el desmonte de una porción de tierra de agricultura cercana a la casa de campo que habito con mi familia. Doy principio a la quema, y como a las nueve de la mañana ordeno a mis compañeros apagarán el fuego, presintiendo, debido a la mucha brisa que había, volara una chispa a la sabana inmediata y se me quemara la casa que estaba circuida de grandes pajares. El fuego se dominó y tomé todas las precauciones a fin de conjurar cualquier peligro que pudiera sobrevenir. A las tres de la tarde del mismo día salí con uno de los peones a amadrinarle un caballo cerril que estaba domando. Nos retiramos de la casa como una legua; y al regreso, todavía muy retirados, alcanzo a ver humo y supuse sería en mi casa. Salgo inmediatamente corriendo y ¡cual no sería mi asombro a medida que me acercaba, viendo que el incendio aumentaba con una velocidad extraordinaria! Llego y se presenta a mi vista la destrucción de mi casa y con ella la de todos los víveres que tenía almacenados. Encuentro a mi esposa en la mayor angustia con mis dos hijitos pidiendo auxilio. Mi angustia fué horrible al contemplar el espantoso cuadro que se ofrecía a mi vista: mis casas circuidas por voraces llamas y mi familia sin pan y sin abrigo. Invoco a María Auxiliadora en compañía de mi esposa pidiéndole nos protegiera en tan apurado trance ofreciéndole publicar la gracia en el *Boletín Salesiano*. Pongo manos a la obra con los dos peones y el servicio de la casa a ver si podíamos dominar el fuego con ramas verdes, que nos amenazaba por el norte y este a una distancia de diez o doce metros de la casa. Cambia incontinenti el viento y dominamos el fuego por el lado del este; pero para el lado del norte el cambio le era favorable al más pronto alcance de la casa. Viendo mi casa seriamente amenazada por este lado, y sin esperanzas ya de dominar el fuego por lo exiguo de los medios de que disponíamos, imploro nuevamente a M. A., la

(*) Ateniéndonos a las prescripciones de N. S. M. Iglesia, no entendemos dar a estas gracias más valor que el que merecen atendibles testimonios humanos.

que nos ha salvado de una catástrofe inevitable, pues, gracias a la Divina Protectora de la Obra Salesiana, mi casa quedó ilesa del terrible elemento que la amenazaba; advirtiéndome que el fuego llegó a cuatro metros de las casas, donde tenía, como ya he dicho, depositados todos mis cereales, habiendo perecido todos los árboles frutales que mi esposa había plantado en el patio. ¡Gracias infinitas te sean dadas, oh excelsa Protectora de la Obra de Don Bosco! Envío cinco bolivares para los huérfanos de los Padres Salesianos de China en agradecimiento a tan señalado favor.

Mayo de 1913.

RAFAEL SIMÓN FIGUERA y Señora.

*
**

Barcelona. — Hallábase nuestro hijo postrado en cama desde hacía tres meses, sufriendo los efectos de una grave enfermedad en el vientre, sin fuerzas ya para resistir por más tiempo. El médico que lo asistía, viendo que no adelantaba, dijo que era conveniente que lo viese otro facultativo; y el día siguiente tuvimos consulta, diciendo los médicos que lo tenían de operar y tanto si lo operaban como si no, era muerto. ¡Cual no sería nuestro desconsuelo! Entonces acudimos a María Auxiliadora, le pusimos la medalla y rezamos una novena pidiéndole la gracia de que encontrase un remedio para que no se tuviera que operarle. Dios nuestro Señor y la Virgen Santísima nos lo atorgaron al momento, salvando a nuestro hijo, que ahora está completamente bien.

¡Viva María Auxiliadora!

Mayo de 1913.

JOSÉ ROVIRA - DOLORES PUJALET

*
**

Buenos Aires (Argentina). — Habiendo enfermado gravemente mi señora con una fiebre puerperal altísima (41 ½°), los médicos no daban esperanzas de vida pues había que hacerle una operación, y el estado de la enferma, debido a su gran debilidad y a lo muy adelantado de la infección, restaba casi el total de las probabilidades de éxito.

Con el corazón traspasado de dolor rogué a María Sma. Auxiliadora me concediese la salud de mi querida esposa; hice rezar ante su altar una misa y las oraciones especiales para estos casos y le coloqué una medalla de la Virgen. Hoy, gracias a un verdadero milagro de María Sma. Auxiliadora, mi esposa se encuentra fuera de peligro, habiendo tenido completo éxito la operación. Agradecido de todo corazón a tan gran beneficio y a otros más, remito veinte pesos y hago decir

una misa en su honor, rogando se publique esta gracia en el *Boletín Salesiano* a gloria mayor de María Santísima Auxiliadora.

LUIS ESFERT,

Cooperador Salesiano.

Dan también gracias a María Auxiliadora y envían su limosna:

Abia de la Obispaía (Colombia). — Anacleta Iberráiz, por un favor singular.

Barcelona (Esp.). — Una devota de María Ausiliadora, por haber librado a una sobrinita suya de una grave enfermedad, y manda celebrar una misa en su honor. — *Id.*: J. D., por haberla librado de una grave tribulación, y manda 5 ptas. de limosna. — *Id.*: Una hija de María, Rosa S., Carmen X., dos hermanas, I. P., y mandan limosnas para la nueva iglesia.

Bogotá (Colom.). — María Vargas, por haber devuelto la salud a una persona muy querida. — *Id.*: Alberto de Francisco, por haberle concedido a su padre una colocación muy ventajosa. — *Id.*: Una familia, por un gran favor.

Calí (Col.). — Celsa Caicedo, y envía tres francos para una misa. — *Id.*: Bárbara Santacruz, y envía francos 10. — *Id.*: Liborio López F., por haber sanado a su esposa de grave enfermedad, y envía fcs. 25. — *Id.*: Joaquín I., por un favor, y envía 5 ptas. — *Id.*: Jacinto López, por varios favores y envía 50 ptas. de limosna. — *Id.*: María Luisa Z., por haber librado a su hijo de una fiebre maligna, y manda su limosna. — *Id.*: Paulina Izquierdo, por haberla librado de un parto difícil y manda 200 ptas. — *Id.*: B. Palacios, por varios favores, y manda una esterlina de limosna. — *Id.*: Victor Finisterra, por varios beneficios, y manda su limosna. — *Id.*: Remedios G. de Echeverri, por haberle curado un hijo de penosa enfermedad, y envía un dólar. — *Id.*: Eduardo Velasco, por haberlo librado de una calumnia, y Adelaida V. de Velasco, por haberla curado de un fuerte reumatismo, y envían una limosna.

Cuenca (Esp.). — Una devota, por un gran favor y envía 2 ptas. de limosna.

Cácota (Col.). — Adolfo García, por haberle alcanzado un señalado favor.

Caloto (Col.). — Aura Sandoval, por haber recobrado la salud, cuando ya estaba desahuciada, habiendo recibido la Extrema Unción.

Chinandega (Nicaragua). — Elisa Teigerino, por grandes favores recibidos y A. Martínez por haberle mejorado a su marido.

Güicán (Venezuela). — Antonia Montoya, por haberla librado de una muerte cierta y otros favores.

Roldanillo (Col.). — Clemencia Mótoa de Morcillo, y envía fcs. 20, por varios favores. — *Id.*: Buenaventura Beltrán, por varios favores, y manda fcs. 10. — *Id.*: A García, por favores, y manda 1'25 ptas. de limosna.

La Unión (Col.). — Jesús González R., por varios favores, y envía fcs. 5. — *Id.*: Belisa C. de Escobar, y manda fcs. 5. — *Id.*: Juan de Dios Girón, por haberlo librado de un fuerte cólico que le sorprendió en un lugar donde no había ni médico ni sacerdote, y manda 25 ptas.

La Coruña (Col.). — E. U., por varios favores y envía 48 ptas. de limosna.

Purificación (Col.). — Severiana V. de Manrique, por haberle devuelto milagrosamente la salud, y manda su limosna. — *Id.*: P. Manrique, por varios favores muy especiales, y manda una limosna.

Preira (Col.). — Eteívino A. de E., por varios favores, sobre todo por haber devuelto a un hijo suyo un ojo que ya se daba por perdido, y envía 42 pesos de limosna.

Pasto (Col.). — Eteívina Arias de Delgado, por haberle curado un hijito, y envía 25 fcs.

Quebracho (Uruguay). — Herminia de Niell, por haber devuelto la salud a su hijito y otros favores.

S. Domingo (Rep. Dominicana). — E. Bobadilla, por dos grandísimos favores.

S. Joaquín (Col.). — Alipia R. de Alvarez, por haber librado a su hija Ana María de una grave enfermedad para cuya curación los médicos exigían una operación difícil y de éxito incierto, y manda su limosna.

Socorro (Col.). — A. de Jesús Gómez, por haberle librado de una enfermedad de los riñones que le tenía postrado en cama.

Villahermosa (Col.). — Una devota, por varios favores, y envía una limosna.

Ybagué (Col.). — Una devota de María Auxiliadora, por haberle arreglado un negocio de mucha importancia. — *Id.*: Una cooperadora, por haber devuelto la salud a su anciana madre.

Yumbo (Col.). — Mamuta Hurtado, por haber devuelto la salud a su señora madre y otros favores y manda 7,50. — *Id.*: Casilda Prado y otras personas, por varios favores y mandan 11,40 ptas. — *Id.*: Vicente Ocheverri, por un favor recibido, y envía una limosna de 50 ptas. — Eufrasia Díaz de C., por haber recuperado la salud, y envía una limosna de 50 ptas. — *Id.*: Lino Mejía, por varios favores recibidos, y envía una limosna de 12 ptas. — *Id.*: Juana M. Paz, por haberle librado un hijo de haberse ahogado, en el río Cauca, y envía una limosna de 50 ptas. — *Id.*: Ismael Echeverri, por haberle devuelto la salud a un sobrinito, y envía una limosna de 30 ptas. — *Id.*: Javiera Ortiz, por haber recuperado la salud una hermana, y envía una limosna de 10 ptas. — *Id.*: Purificación Guevara, por haberle vuelto a vida a una hija, y envía 10 ptas. — *Id.*: Alejandrina Delgado, por haber recuperado la salud, y envía una limosna da 20 ptas. — Luisa Sánchez, por un favor recibido, y envía una limosna de 20 ptas.



POR EL MUNDO SALESIANO

El Sucesor de D. Bosco en España.

SALAMANCA. — El viaje triunfal de nuestro amadísimo Superior continúa y las apoteosis de Ciudadela, Valencia y Andalucía se repiten en las ciudades de Castilla. Hoy cedemos la pluma al cronista de *El Salmantino* que así relata el 4 de abril el recibimiento de Salamanca.

«Aunque la tarde era tempestuosa y el cielo amenazaba con sus nubes, el valor del entusiasmo y los arrestos del cariño nos llevaron con impaciencia a esperarle. Hacía tiempo que todos hablaban de él; suspirábamos por cenocerle; todos le queríamos antes de su llegada. Suena con música tan regalada a los oídos este nombre consolador de Pía Sociedad Salesiana, que cuando llegó la noticia de que el Superior general, P. Albera, nos visitaba, todos los corazones latieron con alegría, el júbilo y el regocijo pintó su sonrisa en nuestros labios. Fuimos a recibirle, a estrechar su mano, a mirar su aspecto senil, franco, bondadoso, rebosante de ternura, que extasia a la juventud que le venera; y a las tres de la tarde, tomamos el tren para aguardarle en Gomecello.

Allí nos saludamos los que, como viñas, íbamos delante para dar el grito de bienvenida. Don Angel García, D. Lorenzo Aniceto, D. Antonio Camino, D. Emilio Martín, D. Francisco Pacheco, D. Lope Pérez, D. Avelino Hernández, D. Angel Vázquez de Parga, D. Francisco de la Concha, D. Andrés García Tejado, D. Federico Brusi, D. José Gallego, D. Bernardino Alvarez, D. Antonio Maldonado, D. Tomás Moro, D. Cipriano Sánchez, D. Nicasio Rodríguez, D. Isidoro Moro, D. Eduardo Ruiz, D. Enrique Martín, D. Enrique Prieto Garnacho, D. Félix Plaza, D. Luciano Vicente Caballero, Don Costantino de Lucas.

El tren llega: los aplausos y vítores comienzan, y en la estación, el P. Juan, superior de los Salesianos Salmantinos, hace las presentaciones, en medio de vítores y aclamaciones y el religioso son de los cánticos sagrados, que no se interrumpen en todo el viaje. Allí se nos agrega D. Hipólito Bartolomé, que en el camino nos habla del recibimiento en Cantalapietra. Las autoridades eclesiásticas de dicho pueblo y los primates de la vecindad salieron a tributar sus respetos al venerable sucesor de D. Bosco.

En Salamanca. — Ha sido un entusiasmo natural, desbordado, ensordecedor. Los andenes repletos de innumera muchedumbre que se agol-

paba por ver la venerable figura del egregio visitante. Resonaron de nuevo vivas atronadores, y desfilaron autoridades y prestigios de nuestra ciudad, testimoniando la cortesía, respeto y agradecimiento que guarda Salamanca para los grandes hombres beneméritos de la religión y de la sociedad.

Allí vimos representaciones del Cabildo Catedral, con D. Ceferino Andrés Calvo, Vicario capitular; Diputación provincial, Ayuntamiento, párrocos, clero, profesorado de la Universidad e Instituto, oficialidad y jefes del regimiento de Albuera y zona militar, Audiencia, Juzgado, padres Jesuitas y Dominicos.

Hermoso aspecto el de la carretera. Rompen la marcha los ciclistas del colegio salesiano, con sus uniformes; después, las secciones gimnásticas con banderas; en el automóvil de la religiosa familia de Vega camina el revmo. Don Pablo Albera, con los señores Vicario capitular, Presidente de la Diputación y Alcalde. La marcha era lenta, sosegada al paso de los niños y de la muchedumbre que, delirante, prorrumpía en aplausos y gritos de júbilo. Tal debe ser el triunfo de la fe cuando se pasea victoriosa, pero humilde, en medio de aclamaciones. Detrás, ininidad de coches escoltaban la carrera.

En el Colegio fué el desborde del entusiasmo: los niños, agrupados en la escalinata, cantaron el «Himno»; el pueblo se agrupaba también, aplaudiendo y vitoreando. Así son las grandes manifestaciones de nuestra religión. Yo he presenciado visitas de hombres que hemos dado en llamar egregios, coronándoles de aureolas pasajeras, y el pueblo, atónito mudo, frío, ha presenciado el desfile con la indiferencia de quien no puede llamar dignamente con sus obras al corazón del pueblo; pero ayer, Salamanca en masa, la católica, la que sabe conocer las obras sociales de las instituciones católicas, espontáneamente, sin algazaras, con la fe de sus creencias y el fervor de su espíritu tradicional, en silencio, ha probado a la faz de los ciclos que en el corazón de los que aman a Cristo hay un lugar muy digno para los que van por el mundo esparciendo la santa semilla de la doctrina redentora.

Por eso, los vivas son incesantes, los aplausos no cesan, el ardimiento cunde, los niños vociferan de júbilo, y hombres de saber, de valor, de ciencia, de honradez castiza, vienen desfilando, poniendo

en sus palabras ante D. Pablo Albera la rendida voluntad de sus obsequiosos respetos.

Un niño con acento solemne, con voz vibrante y palabra candente, sobre una silla, haciendo resonar en uno los latidos de todos los niños salesianos, da la bienvenida al ilustre sucesor de D. Juan Bosco. El arrobamiento sobrecogió los espíritus y momentos después era más ruidosa la salva de aclamaciones que siguieron al saludo del niño José María Gil.

Acto continuo inundóse el templo de fieles, se expuso el Santísimo, y después del solemne *Te Deum* en acción de gracias, dió la bendición eucarística el revmo. P. Albera.

emoción de su alma y termina diciendo: « Os llevo aquí dentro de mi coarazón ». La función religiosa celebrada en la histórica iglesia de S. Benito el día siguiente, domingo 6, revistió los caracteres de solemnidad de los otros actos. Los caballeros que recibieron el Pan Eucarístico de manos del P. Albera fueron numerosísimos; de las señoras no se diga nada pues la iglesia estaba atestada. Por la tarde el incansable cooperador salesiano D. Manuel Marín y Rojo, Maestro de Cantalapiedra, subió a la sagrada cátedra, y con generoso arranque y verbo ungido expuso en vibrantes párrafos las ideas de sociedad cristiana y moderna, sintetizando en cuatro puntos el programa que esta última



SALAMANCA - Alba de Tormes. — El Sr. D. Pablo Albera y su séquito saliendo de la iglesia de S. Teresa.

Con este principio, se adivina ya que la estancia del P. Albera en Salamanca fué, por decirlo así, continuación de este recibimiento. Para la velada había en el salón lo más selecto y lo más culto de Salamanca: clero catedral y los párrocos, diputados, concejales, profesores de la Universidad, Instituto y Normal, militares, grandes propietarios, publicistas etc. A los discursos electrizantes se sucede ráfagas de exquisita poesía, luego oleadas de melodía deliciosa, las vocecitas argentinas de los niños alternan con los varoniles acentos de los hombres, y el Sr. Capellán de Albuera cierra la serie con un idilio oriental que se repetía a las orillas del Tormes. Por fin se levanta el P. Albera y no encuentra palabras para expresar su inmensa satisfacción. Abrumado por tantas simpatías, su acento ligeramente tembloroso manifiesta la profunda

presenta para la soñada regeneración social; a saber: estado docente, apoderamiento de la juventud, neutralidad de la enseñanza y laicismo de la misma, presentando testimonios irrefutables para demostrar la imposibilidad de estos sistemas para la próspera marcha de las sociedades, que tienen su esperanza de salvación en el programa de Don Bosco, « oración y trabajo », emblema de felicidad en la tierra y en la otra vida. Subió después al púlpito nuestro Revmo. Rector Mayor cautivando los ánimos con la unción evangélica de sus palabras. Después de la bendición, se repartieron medallas recordatorias que el público recibía con gran entusiasmo.

Uno de los deseos más ardientes del P. Albera al pisar tierra castellana fué visitar la tumba de aquella mujer incomparable que veneramos en los altares con el nombre de Teresa de Jesús.

« El 7 de abril, dice *El Salmantino* del 8, tres automóviles cedidos galantemente por los señores Vega, Galván y Bonilla, conducen a los excursionistas. Mil gracias a tan cumplidos caballeros, que así testimonian sus consideraciones al ilustre huésped que nos honra en estos días. Van D. Pablo Albera, señores Manfredini, Bretto, rector y prefecto de los Salesianos; Lucas, capellán de Albuera; Bartolomé, Maldonado con su distinguida señora, y Tapia, Sobrino, Rodríguez De Arcos y García (Juan y Avelino), y aunque la mañana es fría, el entusiasmo es grande, porque la emoción anida en los pechos.

Las campanas tocaban a triunfo y las majestuosas notas del órgano llenan los ámbitos del templo.

El revmo. P. Albera, celebra la misa y da la comunión a los compañeros de viaje. Después, contemplamos las venerandas reliquias. Aquel autógrafa de la Santa, que lleva en sus caracteres la historia muerta de un pasado; un pedazo de encina del monte Perales, en el cual vése una cruz, formada por una chispa eléctrica, que desgajó el árbol añoso, dejando intacto a uno de los duques que invocó a la Virgen avilesa; la urna de los restos, la capilla donde murió la Santa, el brazo encerrado en relicario argentino, y sobre todo aquel corazón milagroso, el corazón más grande de la mujer más santa. También paseamos por las columnatas que surgen en el lugar que será un día Basílica de Sta. Teresa de Jesús. En el libro de visitantes todos pusimos nuestros nombres, y el Revmo. P. Albera, un pensamiento en italiano, impetrando de la ilustre reformadora la Conservación del espíritu de D. Bosco en la Congregación Salesiana. Regresamos; el pueblo y autoridades eclesiásticas y religiosos carmelitas, nos despidieron afables. En el camino, de vuelta, el cielo seguía gris, el ambiente de fríos, y para mayor variedad en la marcha, un retraso originado por percances ordinarios en excursiones automovilistas.

Don Pablo Albera hablaba emocionado de la gloriosa castellana, recordando sus reliquias, a la vez que examinaba unas fotografías y medallas que Don Avelino García le presentaba como recuerdo del viaje. »

Por la tarde hubo una velada infantil en la que los niños lo hicieron todo, dando al acto una frescura e ingenuidad que encantaron una vez más el paternal corazón de nuestro Revmo. Superior.

Los cooperadores buscaban toda clase de pretextos para disfrutar de la amable compañía de D. P. Albera; uno de ellos decía el 9 desde las columnas de *El Salmantino*, planeando el « banquete de honor » que querían ofrecerle.

«Antes que banquetearnos y gozar en honor de nuestro festejado, están la severidad de su carácter y la representación de su persona; no le daremos un banquete; pero como en las ansias de todos está el acompañar al reverendísimo P. Albera, para obligarle a estar más en nuestra compañía, iremos los que podamos, los que le queremos, los que admiramos su obra social y educadora, a comer a su lado, a estar unas horas más en su compañía. Nos reuniremos los que llevamos unas mismas aspi-

raciones e ideales, para conversar, como hermanos, de los triunfos de los hijos de D. Bosco y de las esperanzas venideras... »

« Y así fué. El comedor de los niños, en el cual la caridad de D. Bosco reunía todos los días a los beneficiados por la obra salesiana, engalanado como requería el caso se vió lleno el martes 8 por los bienhechores. La delicada cordialidad, la expansión de unos mismos sentimientos, los brindis saturados de sincero cariño, hicieron pasar a nuestro Rector Mayor una hora deliciosa. Al fin se despidió con ternísimas palabras de los ilustres comensales diciendo que « su corazón se quedaba allí porque se le habían robado en Salamanca ».

Al volver de Béjar, todavía pasó en Salamanca el 11 sábado, recibiendo pruebas de veneración y afecto tanto más delicadas, cuanto más de acercaba el momento de la partida. Esta se verificó el domingo por la mañana. Todo Salamanca se conmovió a su salida como se había conmovido a la llegada. La despedida no fué menos afectuosa y entusiasta que el recibimiento y algunos cooperadores le acompañaron en el tren durante un largo trayecto.

BÉJAR. — La mañana del 9 salió para Béjar. En la estación se habían congregado para recibirle todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, el director de la Escuela Industrial, los Jefes de Correos y Telegrafos, los Presidentes de la Cámara de Comercio y Sociedad Económica y Amigos del País, Registrador de la Propiedad, diputado provincial Sr. Méndez, comisiones del Centro Social y Juventud Católica, Junta Directiva de Cooperadores y buen número de éstos, y de antiguos alumnos del Colegio Salesiano, y representantes de la prensa local.

Al descender del tren, se oyeron vivas entusiastas y estallarom voladores en el espacio. El aspecto simpático de D. P. Albera produjo desde luego gratísima impresión. Los que le esperaban en apiñado grupo abrieron calle y por ella pasó el P. Albera amable y sonriente, recibiendo los saludos de todos.

En varios coches, ofrecidos galantemente por sus dueños, se dirigieron el P. Albera y su comitiva al Colegio Salesiano. Durante el trayecto se repitieron las manifestaciones de simpatía. En la plaza Mayor se habían reunido muchas personas, ostentando los balcones colgaduras de los colores nacionales. Pero donde se desbordó el entusiasmo fué a la llegada al Colegio, a cuya puerta se encontraban formados todos los alumnos, a más de una multitud de personas ávidas de conocer al ilustre huésped. Fué un momento altamente emocionante.

Después de las presentaciones que hizo el Sr. Director del Colegio, pasó la comitiva al salón de actos, adornado con sumo gusto. Allí un alumno declamó muy bien una hermosa poesía de bienvenida al P. Albera. Luego el Alcalde, Sr. Sánchez-Cerrudo, en sentidas frases le dió la bienvenida en nombre de los presentes y del pueblo de Béjar, y encomió la labor de los Salesianos en esta ciudad, presentándole como prueba palpable, el homenaje

que le tributaban las fuerzas vivas de la ciudad, a las cuales se unía él por creer así interpretar los deseos de sus conciudadanos. Fué muy aplaudido.

Acto seguido, los alumnos del Colegio cantaron con gran afinación y no menos entusiasmo un himno.

El P. Albera, muy conmovido, manifestó su gratitud por el recibimiento que se le había hecho, « porque me habéis recibido — dijo con encantadora sencillez — como se recibe a los grandes personajes, mostrando con ello la simpatía, que Béjar siente por la Obra Salesiana, » a la que rogó se siguiera cooperando.

Se pasó luego a la capilla, y el P. Albera celebró

el Pan de los Angeles de su mano, y el recogimiento y compostura con que lo habían hecho; y les exhortó a perseverar en el bien y en las prácticas cristianas aun después de que hubieran salido del Colegio.

Los cooperadores salesianos quisieron testimoniar su adhesión al Revmo. P. Albera para lo cual le ofrecieron un banquete, que se celebró el mismo día diez a la una de la tarde, en uno de los salones del Colegio elegantemente adornado con hermosos tapices.

En la presidencia, D. P. Albera tenía a sus lados a las autoridades que asistían, y superiores sale-



BÉJAR (Salamanca) — El P. Albera con los salesianos y alumnos.

el Santo Sacrificio, y la *Schola Cantorum* entonó un solemne *Te Deum*.

A todos estos actos asistieron personas, que no habían bajado a la estación y que recibieron al P. Albera en el Colegio. En él le esperaban también la fundadora D. Felisa Esteban y otras distinguidas Señoras.

En la tarde del mismo día, recibió D. P. Albera a los Antiguos Alumnos con los que conversó afablemente.

Al día siguiente a las ocho, celebró la Misa de Comunión para los alumnos del Colegio, durante la cual el coro de niños ejecutó escogidos motetes. Al final de la misa, dirigió la palabra a los niños que le escuchaban con la mayor atención. Díjoles que se había conmovido realmente al ver el número crecidísimo que se había llegado a recibir

sianos que con él vinieron. A los brindis hablaron el presidente de los cooperadores D. Jerónimo Gómez Rodulfo Yagüe, el Sr. Presidente D. Julián Muñoz, el P. Manfredini, el Alcalde, el Juez de instrucción, el Director del Colegio y el diputado provincial D. José Méndez. Todos fueron muy aplaudidos. El P. Albera, que al levantarse a hablar fué objeto de una cariñosa ovación, dió las gracias a los allí reunidos, por lo que él calificó de inmerecido homenaje de cariño.

A las seis de la tarde, tuvo lugar, en el salón de actos del colegio la solemne velada literario-musical en honor del Revmo. P. Albera.

En el escenario se instaló la presidencia, acompañando al P. Albera las autoridades y personas de mayor significación.

El vice-presidente de los cooperadores D. Felipe

Gómez Moñibas, notario, y el doctor D. Ramiro Arroyo leyeron dos admirables discursos, que fueron interrumpidos varias veces por nutridas salvas de alpausos y ovacionados al concluir. D. Andrés Rubio Polo declamó una hermosísima poesía original titulada « Canción de bienvenida », que entusiasmo a la selecta concurrencia que llenaba el teatro; aplaudieron también una poesía del antiguo alumno D. Máximo Hernández titulada « Gratos recuerdos »; un saludo en francés del profesor del Colegio D. Luis Conde y un hermoso diálogo « Homenaje de amor », que conmovió al P. Albera e hizo pasar un buen rato al auditorio. Un coro de niños interpretó muy bien varios números musicales, sobre todo una *Jota Navarra*, a cuatro voces, original del P. E. Itúrbide C. M. F., que tuvo que repetirse.

Por fin habló D. P. Albera, conmovidísimo, dando las gracias a todos los que habían tomado parte en tan amena velada celebrada en su honor.

Con la misa de los cooperadores, visitas a las autoridades y obsequios de la fundadora del Colegio Da. Felisa Esteban, pasó casi todo el 11 en que hizo también una visita a la patrona de Béjar, la Virgen del Castañar, que desde la pintoresca colina protege a su querida ciudad. Todavía tuvo tiempo para dar una conferencia que no se cansaban de oír los cooperadores. Por último les dió la bendición con S. D. M. como despedida, y luego tomó de nuevo el tren para Salamanca.

En la estación adonde acudieron autoridades, cooperadores y antiguos alumnos, niños del colegio y numeroso público le despidieron con aclamaciones y muestras de profunda estima; y volvió a Salamanca con el corazón henchido de gratas emociones, dejando en Béjar un recuerdo imperecedero.

VIGO. — Si hasta ahora a duras penas hemos podido hacer un extracto de cartas y periódicos, para contar a nuestros lectores las publicas demostraciones de simpatía con que las principales ciudades de España han recibido a nuestro amadísimo Rector Mayor, hoy que estamos casi al fin de esta marcha triunfal lo vemos mucho más difícil. A la vista tenemos los periódicos de la encantadora ciudad gallega y no sabemos por donde empezar ni cómo concluir. El mismo tamaño de nuestra revista nos impide ya copiar la primera plana de *El Noticiero* de Vigo del 16 de abril, dedicada toda ella a saludar al P. Albera y presentarle a la población viguesa. Una artística orla hace de marco al saludo, historia de la obra salesiana en Vigo y datos biográficos del P. Albera que sonríe en el centro amable y humilde, como un victorioso conquistador de almas en medio de la propia epopeya. De los hermosos párrafos, que llenan las seis largas columnas del colega y de los otros periódicos de la ciudad, no podemos tomar con hartío sentimiento ni una palabra siquiera, que a otras cosas debemos dedicar el espacio, y aun así tememos cansar a los lectores. Sin embargo, nos serviremos principalmente de las crónicas de dicho periódico católico, que ha sido el mejor intérprete de la hidalguía del

pueblo vigués y del cariño con que éste ama la obra de D. Bosco.

El día 17 los periódicos de Vigo llenaban columnas y columnas para relatar el recibimiento grandioso pocas veces visto.

Dejemos hablar al cronista de *El Noticiero*:

« La ciudad de Vigo ha demostrado ayer cuanto es el cariño que siente por la Orden Salesiana, acudiendo, digna y numerosamente representada, a la estación, agolpándose en las calles que recorrió la comitiva y reuniéndose todas las clases sociales en fraternal consorcio en el amplio patio del Colegio de la Ronda.

El pueblo vigués ha demostrado una vez más que sabe ser agradecido, que no olvida nunca los favores que se le hacen, que ve gustosísimo la obra de civilización cristiana que la Orden Religiosa, cuyo general es nuestro huésped, viene realizando.

Todos convenían anoche en que, a pesar de hallarse trabajando todos los obreros y empleados a la hora en que llega el tren correo, el recibimiento dispensado al P. Albera había sido lucidísimo como pocos.

Con pueblos hidalgos como el vigués se puede contar siempre; y con pueblos como éste, que saben apreciar en su justo valor las obras que en su favor se hacen, da gusto sacrificarse en su obsequio y trabajar con energía y tesón por su prosperidad.

La jornada de ayer ha sido gloriosa para la historia de Vigo.

El Padre Honorato Zóccola, director de los Salesianos en Vigo, ha recibido los siguientes ofrecimientos de coches y automóviles para acudir a la estación al recibimiento del P. Albera, como efectivamente acudieron.

Excma. Sra. Condesa de Torrecedeira, coche y automóvil; doña María del Río, viuda del Río, coche y automóvil; don José Suárez Pumariaga, automóvil; el Excmo. Ayuntamiento, su coche; don Ricardo Santoro, coche; don Tomás Santoro, coche; don Antonio López de Neira, coche.

A todos los nombrados y a los muchos que de mil formas han ofrecido y prestado su concurso para que las fiestas organizadas en honor de nuestro ilustre huésped resultasen más esplendorosas, envían su testimonio de profunda gratitud las comunidades salesianas viguesas.

En la estación. — Desde las cuatro empezaron a acudir a la estación del ferrocarril numerosísimas personas, pertenecientes a todas las clases sociales, deseosas de rendir un tributo de admiración y cariño al Superior General de la Obra Salesiana.

Allí vimos entre otras personalidades a los párrocos de Santa María, San Francisco y Santiago, al M. I. señor Deán de Tuy, al canónigo señor Coronas, casi todo el clero vigués y una representación del convento de Capuchinos formada por los PP. Guardián y Bartolomé. El Gobernador militar general Crespo y su ayudante el Comandante señor Rodríguez; el alcalde accidental señor Lago, acompañado del concejal señor Boñana que también llevaba la representación del Círculo Católico, y del Secretario señor Olivie; el comandante de Marina señor conde de Villar de Fuentes; el Juez de

primera instancia señor Gómez Piñero; el municipal señor Méndez Brandón; los diputados provinciales señores Lema, López de Neira y Senra, no acudiendo el señor Iglesia por impedírselo su delicado estado de salud, según comunicó en cariñosa carta al P. Honorato Zóccola; el Jefe de Telégrafos señor Sevillano; el del Cable Alemán señor Backer; el ingeniero de las Obras del Puerto señor Cabello; el Presidente de la Asociación de Turismo señor Oya, y los señores Losada, Padín, Sotelo, Pineda, Souto, Sos, Andrade, Trullenque (D. A.) Raviña y otros muchos cuyos nombre sentimos no recordar. Nutridas representaciones de todas las entidades católicas, así de hombres como de mujeres, entre ellas la Presidenta de Cooperadoras de la

Con el P. Albera llegaron el P. Clemente Bretto, Ecónomo general de la congregación; el P. Manfredini, Inspector de la Tarraconense y de la Céltica que acompaña a su Superior desde Barcelona, el P. Salvador Fernández, Superior de la casa de Orense, el Padre Honorato Zóccola y el Prior de la Colegiata don Faustino Ande que fueron a esperar al ilustre viajero a Redondela.

El señor Ande fué presentando al P. Albera a las personalidades y comisiones que habían acudido a recibirle, e iban desfilando y besando la mano al eximio religioso.

Inspira éste desde los primeros momentos profundísima simpatía porque ofrece el aspecto venerable del apóstol, y estereotipada en su rostro



VIGO — Llegada a la estación.

Obra Salesiana señora Condesa de Torre Cedeira y la de la Archicofradía de María Auxiliadora doña Elisa Naharro de Raviña; muchísimas cooperadoras y socias de la Obra Salesiana; un nutrido grupo de ex-alumnos y numeroso público.

Fuera de la estación se hallaba mucha gente que se extendía por la explanada y por las alturas que dominan la estación.

Numerosísimos coches y no pocos automóviles formaban en aquella amplia plaza. Merece citarse, además, una sección de ciclistas ex-alumnos que debían escoltar el coche.

La llegada. — A la hora señalada entró el tren correo en agujas. Una salva de bombas anunció al pueblo que el P. Albera llegaba.

En la ventanilla venía el venerable anciano que fué cariñosísimamente saludado por cuantos llenaban el andén.

tiene una amable sonrisa que atrae y subyuga.

Más de veinte minutos tardó en recorrer el pequeño espacio que le separaba de la puerta de salida, siendo objeto de repetidísimas muestras de cariño.

Subió al coche del Ayuntamiento, acompañándole el Gobernador militar, el Alcalde y el P. Zóccola. La sección ciclista rodeó el carruaje y casi a su paso anduvo hasta el Colegio de la Ronda.

La lucidísima comitiva recorrió las calles de Lepanto, Urzáiz, Píncipe, Circo y Ronda; en todas ellas se agolpaba el público para saludar al P. Albera, que sonriente y cortés devolvía el saludo a la multitud.

Los coches de los invitados detuvieronse ante la puerta del Colegio y el del Ayuntamiento penetró en el patio.

Este se hallaba artísticamente adornado con guir-

naldas y farolillos que hacían un hermoso túnel, rematado por un elegante arco. La fachada del edificio también estaba adornada con guirnaldas, Sobre la puerta principal, ondeaba la bandera española.

Los niños del Colegio formaban a la derecha llamando la atención la banda de cornetas y tambores y los gimnastas que formaban con una corrección perfectamente militar; a la izquierda apiñábase el público. Hallábanse mezcladas todas las clases sociales, y en el fondo se veía un nutridísimo grupo de señoras.

El momento en que entró en el patio el carruaje que conducía al Padre Albera fué en extremo emocionante. La multitud prorrumpió en aplausos nutridísimos; la banda mencionada tocó una marcha y los niños a coro cantaron un himno de bienvenida y se disparó una salva de bombas.

El respetable anciano, descendió del coche vivamente emocionado y, aproximándose a los niños, los estuvo escuchando complacido un largo rato.

Después avanzó hacia la capilla en medio de una formidable ovación.

En la capilla. — En un instante se abarrotó de gente la espaciosa capilla del colegio.

El aspecto que ofrecía el templo era encantador. Las grandes mejoras que en su decorado se introdujeron, realizábanse con dos imágenes nuevas que fueron muy justamente elogiadas.

El Padre Albera arrodillóse en un elegante reclinatorio, teniendo a su derecha al señor Deán de Tuy y a su izquierda al Gobernador militar y al Alcalde.

Inmediatamente se procedió a exponer a S. D. M. oficiando los PP. Manfredini y Perramón y el párroco castrense señor Pérez. Después de la bendición, el Padre Albera adelantóse hasta el altar y, volviéndose al público, pronunció las siguientes palabras en correctísimo castellano, que adquiría dulces modulaciones gracias a su acento italiano.

Señoras, señores: Vuestra piedad os ha reunido a los pies de Nuestro Señor Jesucristo para darle gracias como acabáis de hacer; esto significa que vuestra fe es verdaderamente viva, que vuestra piedad es ilimitada. Bien hacéis porque todo viene de Dios, y por todo hay que dar a Dios gracias.

Yo me uno con vosotros y también doy gracias a Dios por haberme concedido la dicha de visitar a España y conocer la gran nación española y la gran fe que hay en los españoles.

Yo quería venir de incógnito, que nadie se molestase en acudir a esperar a este sacerdote; pero todos salisteis a recibir al Superior de los Salesianos para testimoniar el cariño a éstos y las ansias que tenéis de formar una generación nueva, obediente a las autoridades; y la obediencia sólo puede inculcarse con la educación religiosa y con los ejemplos de los de arriba.

Con vuestra presencia no honráis solamente a este pobre sacerdote; honráis además a mi querido padre don Bosco. Todos sabéis que éste fué un santo sacerdote, animado de una ardiente caridad hacia los niños; vosotros deseáis testimoniar vuestra gratitud a nuestro santo fundador, y esto os lo

agradezco más que si el testimonio fuera para mí.

Es, además, ese acto manifestación de que aprobáis la tarea de nuestros hermanos, que así se animarán a seguir siempre adelante.

Estoy conmovido y no puedo manifestar toda mi gratitud; pero rogué a María Auxiliadora para que os pague la deuda de gratitud que para con vosotros tenemos. Dios bendiga a todos los presentes, a sus familias y a Vigo entero, para que logréis prosperidades materiales y las espirituales que proporciona nuestra santa religión.

Muchas gracias a todos.

Después, cantó el coro la Salve y se dió por terminado el acto.

Todos los concurrentes felicitaron a la comunidad salesiana de Vigo, en la persona de su dignísimo director, Padre Zócola. A tan merecidas felicitaciones añadimos la nuestra muy entusiasta por el éxito alcanzado ayer.

El banquete. — El día 17, los salesianos de Vigo, queriendo agradecer a las autoridades viguesas y cooperadores las finas atenciones que habían prodigado a nuestro venerando Rector Mayor, los invitaron a la modesta comida con que celebraban la estancia del amado Padre. Por ello se adornó lindamente el ya lindo salón del colegio, y allí acudieron las autoridades y distinguidos caballeros a ofrecer otra vez sus respetos al sucesor de D. Bosco.

Ocupaba una de las cabeceras de la mesa el P. Albera, que tenía a su derecha al Gobernador civil, señor García del Valle, llegado en el rápido; al Juez de primera instancia; Presidente de la Asociación de Turismo, señor Oya; Ecónomo general de la Orden, P. Bretto; Inspector general de la Tarraconesa y Céltica, P. Manfredini; Juez municipal, señor Méndez Brandón; director de *La Concordia*, señor Lema; párroco de San Francisco, señor Domínguez, y presidente de la Juventud Católica, señor Carsi. A la izquierda el Alcalde accidental, señor Lago; el profesor de Anatomía de la Universidad de Santiago, señor Barcia Caballero; el superior de la casa, P. Honorato Zócola; el señor Sotelo Piñeda, benemérito protector de la Orden; el Comandante, señor Rodríguez; el Capellán castrense, señor Pérez; el señor Montero Mejuto, redactor del *Heraldo de Vigo*; el señor Agra, redactor del *Faro*, y el P. Germán Lampe.

La otra cabecera, era presidida por el Excmo. señor Obispo, que tenía a su derecha al Gobernador militar, general Crespo; el diputado provincial, señor Neira; el representante del Círculo Católico, señor Botana; el párroco de Santiago, señor Martínez Vázquez; el diputado provincial, señor Senra; el familiar del Obispo, señor Vidal, y los señores Padín y Esteve (D. S.). A la izquierda del prelado, estaban el Comandante de Marina, señor Conde de Villar de Fuentes; el diuptado provincial, señor Lema; el señor de la Vega, deán de Tuy; el señor Cabello, vicedirector de la Escuela de Artes e Industrias, que llevaba también la representación del señor Requejo, director de la de Artes y Oficios, que no pudo asistir por estar su señora enferma; el Comandante de Artillería, señor Souto; el Prior de la Colegiata, señor Ande; el redactor de *Noti-*

ciero, señor Martínez Pereiro, y el párroco del Sagrado Corazón, P. Perramón.

Cuando se descorchó el champagne, se levantó a hablar el diputado provincial señor Senra.

Empezó diciendo que nunca con tanta honra como en este acto levantábase como vocero del pueblo cristiano de Vigo, para dirigir un efusivo saludo al ilustre P. Albera, que en nombre de la caridad y del amor vino a afianzar en nuestra ciudad la benemérita obra de Don Bosco.

Dirigiéndose a aquél, dícele que está en un pedazo de tierra española, patria de innumerables mártires, de excelsos santos, apoyo de la fe, martillo de las herejías y espada de Roma: nuestra religiosidad es nuestra única gloria; el día que la perdamos, volveremos al estéril cantonalismo.

Dice que debiendo España a la Iglesia la existencia, no puede nunca ser apóstata.

Fustiga a los propagadores de doctrinas vituperables, y dice que estas deben contrarrestarse con visitas como la del P. Albera, que proclaman el amor que el hombre debe a Dios y a su prójimo.

Repito lo que un gran artista de la palabra dijo en la capital de mi patria: Para curar la gran crisis de amor que padecemos, es necesario que vengáis a este país y recojáis de la calle y otros lugares peores a la niñez, para inculcarle el amor a Dios y al prójimo y el respeto a las autoridades.

Mucha falta hace la obra salesiana en todas partes, pero más que en ninguna, en Vigo.

Pide a los concurrentes rueguen a Dios por nuestro prelado, por los salesianos y por él mismo.

Y terminemos, dice, cantando con los ángeles: ¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!

Grandes aplausos.

Se levanta a contestarle el P. Albera y dice que vino a Vigo a pasar la primavera después del invierno aguantado en Salamanca. Mucho bueno me dijeron de Vigo, pero las realidades superan a las esperanzas, pues aquí se ven congregadas todas las autoridades: a los gobernadores civil y militar, alcalde, comandante de marina, juez primera instancia: nadie falta aquí, y esto aumenta mucho la buena opinión que yo tenía formada de Vigo.

Por todas partes me veo honrado y en estas honras veo al cariño que Vigo tiene a mis hermanos los salesianos; éstos proseguirán cada vez con mayor entusiasmo su obra, y yo conservaré siempre muy grato recuerdo de esta visita.

Termina manifestando cuán profunda es la gratitud que por Vigo siente.

Gran ovación.

Hablan después el Sr. Lago que agradece al P. Albera los elogios que este dirige a Vigo y manifiesta el cariño con que se mira allí la Obra salesiana. Luego el Sr. Cabello le saluda en nombre de 600 alumnos de la Escuela industrial; ambos oyeron muchos aplausos. Al levantarse el ilustre patricio Sr. Neira le saludan los comensales con cariñosos aplausos.

Soy el de más edad de los presentes, dice, puesto que ya cumpla los 80 aunque no los represente. En

mi larga vida desempeñé varios cargos, asistí a muchos banquetes: ninguno fué tan respetable como es este.

Felicito al P. Superior de esta casa por haber congregado aquí a todas las autoridades locales y de la provincia, y felicito también a todos por el significativo convite con que fuimos obsequiados.

Grandes aplausos.

Después de dar gracias, se levantó la mesa, organizándose animadas tertulias hasta la hora de la velada.

La velada.— El aspecto que ofrecía el grandioso salón del Círculo Católico en el momento de empezar el acto era deslumbrador.

Desde la entrada estaban magníficamente adornados con plantas, guirnaldas y flores los pasillos y pasamanos. Las columnas que sostienen la tribuna estaban adornadas con guirnaldas y banderas españolas, italianas, gallegas y de esta provincia.

Sobre la boca del escenario había un magnífico cuadro de María Auxiliadora, y a los lados el escudo pontificio y el de San Francisco de Sales.

En el escenario se hallaban hermosamente orlados con guirnaldas los retratos de Don Bosco y Don M. Rúa.

En el sitio preferente de la tribuna se había levantado un pequeño templete, adornado con colgaduras de terciopelo rojo, cubierto con un dosel del mismo color y flanqueado por una bandera española y otra italiana.

El techo estaba adornado con cintas de colores, combinadas de tal suerte, que figuraban banderas de las dos naciones.

El conjunto del decorado era magnífico, siendo felicísimo el señor Carsi, director de estos trabajos.

Ocupaban el templete el P. Albera, Excmo. Señor Obispo, Gobernador civil señor García del Valle, Alcalde accidental señor Lago, Deán de Tuy señor de la Vega, señor Botana por el Círculo Católico, señor Barcia Caballero y P. Zóccola.

El brazo derecho de la tribuna estaba ocupado por caballeros, el izquierdo por antiguos alumnos y el patio de butacas por las señoras. La concurrencia era extraordinaria, inmensa; nunca vimos en el Círculo Católico tanta animación como en la tarde de ayer.

La aparición del P. Albera y las autoridades produjo una atronadora e interminable ovación. Luego, el cuarteto de « La Filarmónica » ejecutó admirablemente *La marcha de la consagración* de Meyerbeer, y a esta siguió el bellísimo himno de Garlaschi que cantaron llenos de entusiasmo los niños de los dos colegios Ronda y Arenal.

Don Faustino Ande, el culto literato, leyó unas cuartillas tituladas: « Vigo al P. Albera ».

La presencia del señor Prior es acogida con grandes aplausos.

Sus cuartillas, modelo de poesía y estilo correcto y soberbio, hacen resaltar el amor que Vigo siente por la Obra Salesiana.

Hace 21 años celebró su primera misa en esta ciudad, y después cuando volvió, se encontró con que merced a las esplendideces de don Leopoldo Gómez se le habían adelantado los salesianos, y los

niños que en el Arenal le saludaron la primera vez imitando el graznido del cuervo, le besaban después respetuosos la mano.

Calcula que los salesianos educaron a 3.600 niños y éstos constituyen la mejor corona de sus educadores.

Demuestra la reacción católica que en esta ciudad se viene iniciando.

Saluda en brillantísimos párrafos al Padre Albera y le dice que quiere conserve buenos recuerdos de los gallegos cuando vuelva a Italia, y le pide que los niños de las escuelas salesianas eleven una plegaria por todos nosotros a aquella gran señora que se llama María Auxiliadora.

público con la zarzuelita *D. Bosco Pastorcillo*, y seguidamente ocupa la tribuna el Dr. D. Juan Barcia Caballera, gloria de la facultad de medicina y de las patrias letras.

Nada diremos del incomparable discurso del ilustre médico e inspiradísimo poeta; ya lo saborearán entero nuestros lectores, y podrán apreciar por sí mismos si las repetidas ovaciones con que se recibían sus filigranados períodos no eran justificadas.

Al levantarse de nuevo el telón, aparece en es escenario un nutrido grupo de baturricos. Varios de ellos entonan unas jotas que son muy bien recibidas por el auditorio.



VIGO — La velada en el salón del Círculo Católico.

La concurrencia que había interrumpido con aplausos al señor Ande, le premia al final con una ovación.

El Presidente de la Juventud católica, D. Mariano Carsi, ofrece luego la velada al P. Albera y su discurso entusiasmo al auditorio que le interrumpe rompe sus brillantísimos párrafos con aplausos sin fin. Los niños recitan con singular desenvoltura también sus versitos, y a continuación el Sr. Presidente de los Ex-alumnos, D. Segundo Estévez, se hace aplaudir repetidas veces al ensalzar la pedagogía salesiana cuyos beneficiosos efectos el mismo había experimentado.

Aplaudidísima fue la poesía *El Oratorio festivo*. Luego los niños volvieron a hacer las delicias del

Luego se pone en escena el número *Unus amor mutis linguis*, consistente en saludos en español francés, italiano, alemán, latín, inglés, griego, español (representando a América) y gallego, declamados por alumnos salesianos que lucían bandas con los colores de las naciones que representaban.

Este fué un número que obtuvo gran éxito.

Terminóse dando un viva a Don P. Albera en todos los idiomas dichos.

Aplaudióse tanto este número que los jóvenes alumnos hubieron de salir a escena.

Representóse luego el dialoguito titulado *Un ramillete de flores*, que consistió en el ofrecimiento de un ramo de flores al P. Albera.

También agradó mucho al público.

Los niños entregan a Don P. Albera el obsequio siendo muy aplaudidos.

Inmediatamente el P. Albera se dirige al escenario en medio de una gran ovación.

En la escena aparece un grupo de gallegos: la gaita da al aire sus melancólicas notas, una pareja baila, el coro canta y el público, demostrando su regionalismo, premia con una ovación indescriptible el trabajo de tan distinguidos paisanos y del Sr. Victori que los dirige. Habla el P. Albera.

Señores: Me parecería faltar a un deber si no dijera algunas palabras de agradecimiento.

Hace veinticuatro horas que estoy en Vigo y fueron todas ellas horas de las más dulces alegrías.

Repito lo de ayer: os agradezco todo lo que por mí habéis hecho porque representa vuestra simpatía por nuestra obra.

Agradezco de un modo especial los sentimientos cariñosos de los niños, que han dejado en mi corazón recuerdos que ni tiempo ni distancia borrarán; agradezco a todos los que han hablado lo que dijeron de nuestra misión que demostraron conocer íntimamente.

Esperamos en vuestra ayuda para poder cumplir nuestros fines. No faltando la bendición de Dios ni vuestra simpatía, nuestras tareas irán siempre adelante.

Siempre recordaré lo que he visto y oído en esta buena ciudad.

El inmenso gentío le ovaciona cariñosamente y con ello se da por terminado el grandioso acto.

Pasamos por alto otros de menor importancia y las visitas de ilustres personajes; pero no podemos resistir al deseo de copiar algunos pensamientos de la conferencia que nuestro Superior dio el 18 a las cooperadoras. Después de contarles algunos episodios ternísimos de la vida de nuestro Vble. Fundador, entre otras cosas decía:

« En todas partes son los cooperadores y cooperadoras nuestro apoyo, pero en ninguna como en Vigo. Cuando vi este edificio tan hermoso, pregunté quién lo había levantado, y me respondió el querido Padre Honorato: Las generosas cooperadoras que representan a Providencia en esta casa.

Y comprobé también, que no solamente es grande vuestra caridad, sino que es delicada, minuciosa, reveladora de la madre de familia que no olvida el más pequeño detalle. Esto se prueba con la manera que tuvisteis de arreglar la capilla, con el modo que tuvisteis de recibirme: en todos los actos con que me obsequiasteis.

En otras partes los Salesianos proponen las obras que deben hacerse, y los cooperadores las ejecutan; aquí no es así: aquí proponéis vosotras y las obras se ejecutan, y sé que vosotras queréis que se amplíe la casa para que sean educados más niños pobres. »

En la Parroquia del Sgdo. Corazón. — El sábado 19 tuvo esta apartada Parroquia la dicha inmensa de hospedar, aunque por breves horas, al segundo Sucesor de D. Bosco. A las ocho en punto de la mañana hizo su aparición el amado Padre en el patio las Escuelas, siendo recibido y aclamado

entusiásticamente por los niños y numerosos fieles bajo el elegante arco que en su honor se había levantado. Le recibieron los niños cantando todos un bonito himno coral y siendo saludado por varios de ellos en diversos idiomas. A continuación, se trasladó el venerable Superior a la iglesia entre los vítores y pruebas de cariño de los alumnos y de los muy numerosos fieles, que asistieron luego al Santo Sacrificio y recibieron la Sgrda. Comunión de sus venerandas manos. Durante la misa, los niños cantaron con gran unión motetes corales de Otaño, Mas y Serracant, Brunet y otros. Terminada la Santa Misa el Padre Albera habló; ¡qué hermosas cosas habló!... manifestando lo mucho que le había complacido el ver a tanto pequeñuelo en actitud tan devota y el fervor con que aquellos *vapaciños* recibieron a Jesús.

Más tarde, nuestro amadísimo Superior visitó las dependencias de nuestra modesta casa y recibió numerosas visitas de los insignes bienhechores de aquellas Escuelas.

Al medio día hubo un convite de carácter íntimo, al que fueron invitados entre otros los insignes bienhechores de estas Escuelas Sres. de G. Barbón, D. Guillermo Oya y su simpático y distinguido hermano D. Alberto.

Estos tomaron asiento a derecha e izquierda del Rvmo. D. Albera. Asistieron, además de los Sres. D. C. Bretto y D. J. Manfredini, el Sr. D. Antonio Neira Diputado provincial el Sr. D. Angel Pita hermano del gran bienhechor de esta Casa D. Manuel, el Comandante de Artillería D. Eduardo Souto y algunas otras distinguidas personas.

Por la tarde a eso de las seis, después de haber conferenciado con los hermanos de esta Casa, devolvió el Rvmo. D. P. Albera la visita a la distinguida familia de Barbón, donde le colmaron de agasajos, felicitándole cada uno de los bellísimos hijitos con poesías en francés y otras lenguas; después, lo obsequiaron con un espléndido *te*, en el salón regio, rodeado de toda la familia. No es para descrito lo espléndidos que se manifestaron, como siempre, en proporcionar todos aquellos objetos y medios, que creyeron habían de ayudar a dar mayor brillantez a la visita del distinguido huésped.

Complacidísimo salió el P. Albera de tan agradable visita, y, tomando el automóvil que le tenía dispuesto el Comandante de Artillería Sr. Souto, se dirigió nuevamente al Colegio de S. Matías.

La mañana del domingo la dedicó a los ex-alumnos que habían acudido de las provincias gallegas a saludarle. En la misa de comunión les dirigió su animosa palabra, confirmando en los buenos propósitos y enseñanzas del colegio. Pocos momentos antes, había bendecido la hermosísima bandera del colegio y de ahí tomo pie para encender sus almas en los santos amores de Dios y de la patria. Tuvo párafos de emoción hondísima que conmovieron los corazones de los adolescentes y de las demás personas, sobre todo cuando decía: « Probablemente no volveremos a vernos más en el mundo; si tal sucede, que hagamos todos una co-

rona en el Paraíso alrededor de nuestro padre D. Bosco...».

Seguó después la comida íntima en la cual el amadísimo Superior departió a su gusto con los jóvenes, con esa familiaridad reverente tan característica de nuestros colegas. A los postres el P. Lampe pronunció un elocuente brindis al cual contestó el P. Albera ratificando las promesas recíprocas de amor y fidelidad inalterables.

Una nota melancólica fué el cielo grisáceo y lluvioso, que había sustituido al azul plateado que se refleja ordinariamente en la incomparable ría de Vigo; los pobres muchachos tuvieron que renunciar al grandioso festival deportivo, que, dada la afición que a ello tienen y las condiciones excep-

bían aquellos rapazuuelos. Después en el patio, se lanzaron voladores, se soltaron globos, se sacaron fotografías y el buen Padre repartió muchísimos caramelos.

Nuevamente volvió a la iglesia que estaba otra vez llenísima: la gente mayor había sustituido a la menuda, ávida de contemplar a su gusto las facciones de aquel Padre, cuya justa fama de santo había ya llegado a sus oídos.

Les dió la bendición con S. D. M. y pronunció después una sentidísima plática que el auditorio escuchó con religiosa atención.

Dicen que las horas de la dicha vuelan con indecible celeridad y así debe de ser, puesto que las escasas horas que el P. Albera pasó con nosotros



VIGO — El P. Albera con los ex-alumnos.

cionales del patio, hubiera resultado uno de los mejores actos.

De nuevo en la parroquia. — En tanto partió el buen Padre para visitar el Oratorio festivo del Sgdo. Corazón, siendo recibido por multitud de niños, mientras el estampido de los cohetes y bombas atronaba el espacio.

Llegada la hora de la bendición, el templo parroquial era materialmente insuficiente para contener a tanto rapaz, que habían acudido para manifestar su cariño sincero al que había hecho suya la frase del Maestro: Dejad que los niños vengan a mí.

Con gran entusiasmo fué cantado el Ave maris Stella, el Tantum ergo y demás cánticos, finalizando con el himno eucarístico. Antes de salir les habló también el cariñoso Padre, exhortándolos a tener una verdadera y filial devoción a la augusta Auxiliadora de los Cristianos. Mientras desfilaban los niños ante él besándole las manos, él les repartía preciosísimas estampas de recuerdo, que no hay que decir con qué alborozo las reci-

nos parecieron segundos. Así pues, llegó también para nosotros el término de la dicha, el momento en que el venerando sacerdote había de despedirse de la Parroquia; y allí hubiera visto el cristiano lector a las puertas del templo una abigarrada muchedumbre, al barrio entero, deseoso de aclamar al bondadoso Padre. No es para descrita la explosión de entusiasmo que su aparición produjo, y que se manifestó en aclamaciones, vítores y ovaciones que sólo terminaron cuando el coche que se lo llevaba se perdió de vista, llevándose consigo multitud de afectos y de amores de la sufrida clase que habita el apartado barrio del Arenal.

Su gratísima visita no se borrará jamás de su memoria y será fecunda en resultados consoladores.

El día 21, después de decir misa en el oratorio privado de D. Manuel Pita cuya piadosa familia le colmó de cariñosa atenciones, volvió al colegio de la Ronda y subió al automóvil de Sr. Pumariaga, acompañado de los PP. Bretto, Manfredini, Zoccola y Perramón, saliendo para Pontevedra con

objeto de saludar al Sr. Gobernador que le había invitado a almorzar.

Los niños y antiguos alumnos y cooperadores le hicieron un afectuosa despedida y con tiernos adioses de una y otra parte el auto se puso en camino.

EN SANTIAGO. — Por la tarde llegó a Santiago para visitar el sepulcro del Apóstol. A pesar del deseo que tenía de pasar inadvertido, en la estación numerosos niños de las escuelas, distinguidas personalidades y una comisión del Ayuntamiento con el Sr. Alcalde, el canónigo D. Leopoldo Eijo, profesores de Universidad y gran número de gente, le tributaron un recibimiento tan afectuoso como inesperado. Al siguiente día, celebró la misa en la cripta de la Basílica compostelana; y luego, como el Sr. Cardenal deseaba la fundación de una colonia agrícola, fueron a ver el terreno el Sr. Eijo, el P. Bretto y el P. Manfredini.

CORUÑA. — Ya saben nuestros lectores que en la ciudad herculina hay un núcleo de entusiastas cooperadores que han ofrecido repetidas veces a los hijos de D. Bosco la *Escuela popular gratuita*. Estos cooperadores deseaban inmensamente la visita de nuestro Rvmo. Rector Mayor.

Este deseo era un deseo muy eficaz; así que el Sr. D. Juan Ozores mandó su automóvil a Santiago el 21; y el 22 por la mañana, como portadores del mensaje en que se suplicaba al R. P. Albera su visita a la capital de la provincia, salieron en otro automóvil el Sr. Excmo. Sr. Marqués de San Martín y los canónigos Sr. Varela Madariaga y Sr. Rey Blanco.

El mensaje era del siguiente tenor:

« Al Rvdo. P. Albera, Superior General de la Congregación Salesiana.

Reverendísimo Padre:

Los cooperadores de la obra del venerable Don Bosco en la ciudad de la Coruña, queriendo unir su voz a la de todos los católicos de las regiones españolas, que manifestaron con elocuente júbilo la afectuosa devoción que profesan al Instituto Salesiano y al benemérito hijo de María Auxiliadora que felizmente lo rige, ofrecen a Vuestra Reverencia este homenaje de firme adhesión, en el cual desean también expresar todo el amor que sienten hacia la Congregación y hacia su dignísimo Superior General.

Con nuestro filial saludo encarecemos más y más a V. R. la súplica muchas veces repetida, no ya por los cooperadores, sino por todos los católicos coruñeses, de que, como muy especial favor que a María Auxiliadora encomiendan para que Ella le sugiera a V. R. el eficaz medio de concederlo, ansian recibir los beneficios de una fundación salesiana.

Aquí donde el joven y el obrero están solicitados por falsos educadores que los conquistan para las huestes de los enemigos de Dios; en esta ciudad, en la cual todavía no existe ningún instituto religioso consagrado a la enseñanza, y en donde en cambio hay varias obras tan beneficiosas y tan cristianas como la *Escuela Popular Gratuita*, que

florecerán más espléndidamente fortalecidas con la savia de la Congregación, tiene que sentirse de un modo extraordinario la necesidad de los Salesianos, llamados a ser heraldos de la paz y de felicidad en nuestro pueblo.

La visita de V. R. a Galicia dejará un recuerdo gratísimo e imperecedero, si a ella siguiera el establecimiento de una Residencia, aquí ya planeada, contando con valiosos ofrecimientos, que aun en fecha reciente recibió el P. Manfredini, cuando a él hicimos este mismo ruego, que con indecible satisfacción renovaríamos personalmente ante V. R. si, como es nuestro más íntimo deseo, tuviéramos el honor de saludarle en la Coruña.

Confiado en su bondad, no dudamos R. P. alcanzar la satisfacción de este anhelo de los católicos coruñeses, y en especial de los cooperadores que muy fervorosamente pedimos a Dios la prosperidad de la bendita obra salesiana y que para su mayor esplendor conserve y bendiga la vida de V. R.

La Coruña, 24 de febrero de 1913 ».

El recibimiento lo relata el *Eco de Galicia* del 23 en estos términos:

« Fué entusiasta y en extremo cariñoso el recibimiento que se ha dispensado al insigne y venerable anciano que regenta la Congregación Salesiana.

Mucho antes de la hora que estaba anunciada para su llegada, veíase concurridísima la plazuela de los Angeles.

Ante la casa de los Sres. de Ozores Pedrosa, en donde se aloja el ilustre huésped, colocáronse en dos hileras todos los alumnos de las Escuelas Populares Gratuitas, acompañados de sus respectivos profesores.

En el vestíbulo del edificio aguardaban la llegada del P. Albera nutridas representaciones del clero parroquial, cabildo colegial y demás entidades católicas.

A las seis de la tarde hicieron su entrada en la expresada vía, los dos autos que conducían al sucesor de Don Bosco y a su séquito.

En los vehículos venían D. Javier Ozores, el Marqués de San Martín, el Sr. de Campoamor, D. Segundo Varela, D. Ubaldo Rey Blanco, D. Juan Ozores, el reverendo padre Albera, con su secretario el P. Bretto, el Inspector provincial, P. Manfredini y P. Zóccola, superior de la residencia salesiana en Vigo.

Al apearse el insigne sucesor de Don Bosco, le tributaron una cariñosa y prolongada salva de aplausos los niños de las Escuelas Populares.

En el amplio zaguán de la casa de los Sres. de Ozores fué recibido el P. Albera por todas las comisiones y entidades.

Momentos después verificóse la recepción.

Por la lujosa sala del domicilio de D. Juan Ozores, desfilaron ante el P. Albera, el juez de Instrucción, señor Infanzón; el muy ilustre señor Abad de la Colegiata, Sr. Ruiz de la Cuesta; comisiones del cabildo colegial, RR. PP. Dominicos, el clero de Santa Lucía y San Nicolás con sus rectores, el P. Visitador de la Orden T. de San Francisco, el pá-

rruco de Santiago, capellanes de los establecimientos religiosos, comisión del clero de San Jorge, de *La Liga Católica* de la junta de damas, que regentan las escuelas nocturnas para jóvenes obreras, de las *Juventudes Católicas* y *Jaimista*, *Patronato Católico Obrero de San José*, de las *Escuelas Populares Gratuitas*, de los cooperadores salesianos y de las redacciones de *Galicia Nueva*, *Requeté* y *El Eco de Galicia*, etc. etc.

También acudió más tarde a cumplimentar al ilustre huésped, el gobernador civil Sr. Romero Donallo.

Don P. Albera estuvo largo rato conversando afa-

entre los fieles al ver la simpática figura del venerable sucesor de Don Bosco.

Después de celebrar la misa, dirigió breves palabras a los fieles, enviando un cariñoso saludo a la Coruña y expresando su gratitud por la acogida que se le tributó, ensalzando la obra de las congregaciones de la Coruña, de las que se esperan grandes frutos.

Acercáronse a la Mesa Eucarística numerosas personas, recibiendo el Pan de los Angeles de manos del venerable salesiano.

Invitados por el Sr. Ozores, sentáronse ayer a su mesa, acompañando al ilustre huésped, D. Segundo



VIGO (Parroquia) — Un grupo de los alumnos de las Escuelas parroquiales con el P. Albera.

blemente con las distintas comisiones que le saludaron.

Hoy irán a visitarle otras entidades que ayer no pudieron hacerlo ».

En su número del 24 volvía dicho diario católico a dar cuenta a sus lectores de la estancia del P. Albera en la Coruña y de los obsequios de que era objeto. De él tomamos lo siguiente:

« Como estaba anunciado, ayer a las siete y media, celebró el santo sacrificio de la misa en la iglesia parroquial de Santa María del Campo el insigne sucesor de Don Bosco, R. P. Albera.

Las naves del antiguo templo estaban ocupadas por numerosos fieles, entre los que figuraban los socios cooperadores salesianos de esta capital.

Al entrar el ilustre General salesiano en el sagrado recinto, ha causado una grata y profunda emoción

Varela, y los reverendos padres Manfredini, Bretto y Zóccola, el Marqués de San Martín, el antiguo alumno de los salesianos D. Jesús Gómez Ribadulla y las familias de D. Juan y D. Javier Ozores.

A saludar al General de los salesianos fueron ayer mañana numerosas y distinguidas personalidades.

Por el domicilio de nuestro estimado amigo D. Juan Ozores Pedrosa desfilaron comisiones de centros y entidades de importancia, así como respetables personas que ocupan significados puestos.

Acudieron también varias religiosas en representación de las casas de oración a que pertenecen.

A todos contestó agradecidísimo el P. Albera. Dado el poco tiempo que se detuvo en la Coruña no pudo devolver las visitas a las personas que habían acudido a saludarle.

La velada, que tuvo lugar en el local de las Escuelas populares gratuitas, fué una fiesta altamente simpática.

Antes de la hora anunciada, el salón del piso principal estaba ocupado en su totalidad por un público selecto y numerosísimo. Sobresalían elegantes y bellas damas de nuestra buena sociedad que con su presencia daban realce a la velada.

El P. Albera, antes de dar comienzo el acto, visitó las distintas dependencias del centro, acompañado por la celosa Directiva de las Escuelas. Admiró el perfecto orden que se observaba, haciendo elogios del museo donde están expuestos los

que deseamos rendiros, como prueba de este mismo reconocimiento y de nuestro entusiasmo e inquebrantable adhesión a la Institución Salesiana.

Las Escuelas Populares no podían ni debían dejar de tomar parte de una manera activa en el homenaje de entusiasmo que el pueblo católico de la Coruña rinde a vuestra Reverencia, para demostraros la admiración que siente por los hijos del Venerable Don Bosco, del cual sois dignísimo representante; por eso os ofrecemos esta velada, modesta desde luego, porque modestos son nuestros recursos, pero grande por los nobles sentimientos que la inspiran; fijaos en éstos solamente para



VIGO (Parroquia) — D. Pablo Albera en medio de los niños del Oratorio festivo.

trabajos hechos por los alumnos y de los que en otras ocasiones nos hemos ocupado.

Después del himno y la Salve, entonados por los alumnos, el digno presidente de las Escuelas, nuestro estimado amigo señor Marqués de San Martín pronunció el siguiente discurso, que con gusto reproducimos gracias a la atención del secretario de dicho establecimiento, señor conde de Canillas.

« Reverendo Padre :

Como humilde representante de las Escuelas Populares Gratuitas de la Coruña, tengo el honor de dirigiros en su nombre dos palabras: una para expresaros nuestro agradecimiento por que hayáis honrado esta modesta casa dignándoos visitarla, y la otra para rogaros que aceptéis este homenaje

que podáis otorgarnos vuestra indulgencia por las muchas deficiencias de que seguramente ha de adolecer.

Bien quisiéramos que este obsequio pudiese estar a la altura de nuestros deseos, para poderos demostrar de una manera digna de vuestra Reverencia la admiración que sentimos por la Institución de D. Juan Bosco, por esa Obra privilegiada que como pocas demuestra palpablemente que ha sido inspirada por Dios ».

Pasa después el orador a describir con admirable síntesis histórica el origen y desenvolvimiento de la obra salesiana, deduciendo de su maravillosa fecundidad el entusiasmo general que la venida de su caudillo había despertado en España. Y luego continuaba:

« Este entusiasmo grande con que en todas partes

os reciben, Rvdo. Padre, en nosotros es aun mayor porque hay algo que nos liga.

En esta casa amamos al obrero, al niño pobre, por él y para él la Escuela vive.

Vos, Rvdo. Padre, sois el representante de una Orden todo amor, todo cariño para el desheredado, para el pobre.

El amor a los humildes nos une, pues; crea lazos entre vosotros y nosotros que nadie puede romper.

Vosotros, los beneméritos Padres Salesianos, con la protección del cielo, con las virtudes de que dais constante ejemplo, con esa caridad que constituye el sello que os caracteriza, habéis logrado los óptimos frutos que todos cantamos y celebramos.

Nosotros, más pequeños, sentimos en este instante la vergüenza de nuestra pequeñez, porque quisiéramos poder presentaros una institución acabada, digna de vuestra visita, Rvdo. Padre; pero mostramos lo que tenemos, acogiéndonos a vuestra indulgencia que tiene que ser muy grande, cuando os habéis dignado aceptar este modesto obsequio, dispensándonos con ello un honor que os agradecemos con toda el alma.

Con ella también os damos la bienvenida concretándola en las palabras que el uso ha hecho vulgar, *estáis en vuestra casa*, pero nunca dichas con tanta verdad; porque esta casa, obra del inolvidable y virtuoso caballero D. Camilo Rodríguez Losada la fundó precisamente estudiando y admirando la de Don Bosco; es, pues, hija vuestra.

Nuestro mismo fundador, desde las primicias de su obra, fué el que nos inculcó a los que, ya viejos hoy, contribuimos a la realización de su proyecto, el entusiasmo y cariño que sentimos por la Sociedad Salesiana; cariño y entusiasmo que por nuestra parte procuramos también transmitir a los demás que con nosotros comparten la labor de dirigir estas benéficas Escuelas.

Por eso, la Junta directiva de las mismas, fiel guardadora del espíritu del llorado y amado Camilo Rodríguez Losada, con entusiasmo y con el cariño de hijos a padres saluda y da la bienvenida por su conducto a los que hoy encarnan el espíritu del admirado y venerado Don Bosco.

Después de otros interesantes números del programa, se alza la figura venerable y simpática del Superior general de los Salesianos, Don P. Albera.

Interés había por conocer en la Coruña al sucesor de Don Bosco, y lo hemos conseguido, gracias a los cooperadores salesianos de esta ciudad, entre los que figura como uno de los más entusiastas, nuestro buen amigo D. Jesús Gómez Rivadulla.

El P. Albera es saludado con una ovación prolongada antes de hablar. Hecho el silencio, habla un tanto emocionado. Diríase que, lejos de nacer en Italia, es oriundo de alguna provincia castellana. Tal es la corrección con que se expresa en nuestro lenguaje.

Agradeció las atenciones de que había sido objeto y dirigió frases laudatorias al presidente de las Escuelas, señor Marqués de San Martín, que se honra vistiendo el glorioso uniforme de oficial del arma de Artillería.

Animó a los niños a seguir de mayores el buen

camino iniciado en las Escuelas, siendo hombres buenos y virtuosos.

Su discurso, hermoso y de párrafos brillantes, fué objeto de entusiastas aplausos.

La tercera parte del programa se cumplió en el patio del local.

La zarzuela *La Virgen de la Roca* tuvo una esmerada interpretación, así como el monólogo *El gaitero*, que declamó un reputado artista.

Pero se acercaba la hora en que nuestro amadísimo Superior debía despedirse de sus queridos cooperadores y de aquella tierra pintoresca que en España se llama la Suiza española por los encantos con que la naturaleza la ha embellecido. El mismo día 24, el tren correo debía conducirlo a Santander, donde se iban a repetir los mismos honores porque allí disfruta también la obra salesiana de las mismas simpatías. Los cooperadores que tanto le habían agasajado a la llegada y durante su estancia en la Coruña, extremaron sus atenciones al despedirle, acudiendo a la estación donde se repitió la despedida afectuosísima que más de una vez hemos descrito, y ésta pasaremos por alto, dejando a nuestros lectores el gusto de adivinarla y aplaudirla.



NOTICIAS VARIAS

MILÁN. — En el oratorio Salesiano de Via Cópérnico se verificó el 6 de abril una fiesta de alegría inolvidable. Más de 350 niños rebullían en el oratorio para celebrar la fiesta de S. José. Casi todos se acercaron a la mesa eucarística y algunos lo hacían por vez primera. Después de la función religiosa electrizó al menudo auditorio con su palabra amena y pintoresca el Pbro. D. Cosme Zonca; y para recuerdo se tomaron varias fotografías con 2 de las cuales ornamos hoy las columnas de nuestro *Boletín*.



TESORO ESPIRITUAL.

Los Cooperadores Salesianos que *confesados y comulgados*, visiten devotamente una iglesia o capilla pública, o si viven en comunidad, la propia capilla, y rueguen según la intención del Sumo Pontífice, pueden ganar las siguientes indulgencias plenarias:

Para el mes de agosto:

- El día 6. Fiesta de la Transfiguración de N. S. Jesucristo.
- El día 15. Fiesta de la Asunción de María Sma.
- El día 16. Fiesta de S. Roque.

Cada mes:

- 1. Un día cualquiera de libre elección.
- 2. El día en que hagan el *Ejercicio de la buena muerte*.
- 3. El día en que tengan conferencia.

Da. Isabel Serra de Chopitea.

Nació Doña Isabel Serra de Chopitea el 16 de Junio de 1838. Educada desde niña en la escuela de su Santa Madre Doña Dorotea (de tan santa memoria) se fué formando y preparando su corazón, para la práctica de las virtudes. Desde muy niña se distinguió por su buen corazón y afabilidad de trato con todo el mundo, unido, a una seriedad y recto juicio, impropio de sus pocos años. Como dice frecuentemente una hermana suya « Isabel nunca fué niña », siendo una de sus preocupaciones armonizar intereses y suavizar asperezas. Casó a los 29 años, o sea en 1867, con D. Gustavo



de Gispert, Ingeniero, perteneciente a una distinguida familia de Barcelona. Toda la serie de años de matrimonio, hasta la muerte repentina de su querido esposo, acaecida en circunstancias verdaderamente conmovedoras, el 20 de noviembre de 1881, transcurren dulcemente, consagrada a su esposo, y al cuidado y educación de sus hijos, donde comienza verdaderamente su vida de continuo sacrificio. Al verse viuda con seis hijos pequeños a quienes educar para las luchas de la vida, y sobre todo para el cielo, se lanza resuelta a sus deberes de madre.

A los nueve meses de la muerte de su marido, pierde otro apoyo, su querido padre; que no se había separado nunca de lado de sus padres, pues a causa de haberse casado la última de sus hermanas, se quedó a vivir con ellos.

Madre e hija, pues, perdieron a sus maridos con diferencia de pocos meses, dedicándose, desde entonces, Doña Dorotea a sus grandes caridades, y

repartiendo Doña Isabel sus deberes, entre sus hijos y su madre, con la cual coadyuvó en numerosas obras de piedad, debiéndose a su iniciativa, la fundación de las Conferencias Salesianas.

A la muerte de su idolatrada madre Doña Dorotea acaecida el 3 de abril de 1891, entra a sustituir a ésta en numerosas instituciones benéficas como son: la presidencia de dichas Conferencias salesianas, Hospital del Sagrado Corazón, contribuye largamente a la fundación de las Escuelas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Gracia y a otros muchos asilos y asociaciones de prolija enumeración. Teniendo siempre abierta su mano, para socorrer al prójimo caritativamente y sin preferencias enojosas.

Después de pasar por numerosas pruebas, a que Dios la sujetó en sus inescrutables designios, llega a la mayor de todas, la muerte de su hija mayor Pilar dejando siete hijos, el mayor de ocho años; encontrándose por segunda vez con obligaciones de madre de estos siete nietos, a la edad avanzada de sesenta y nueve años y ofreciendo este nuevo sacrificio al Altísimo con resignación ejemplar.

Desde esta fecha su buena naturaleza, atacada por tan duros golpes y por otras de diversa índole comienza a dar señales de decaimiento, esteriorizadas por un ligero temblor, en todo su cuerpo; preludio de aquella terrible enfermedad nerviosa, que no la dejó hasta la tumba; y que la tuvo imposibilitada en un sillón durante dos años, presa siempre de un continuo malestar, con la cabeza completamente serena, ofreciendo a Dios sus sufrimientos, y siendo el ejemplo de cuantos la trataban por aquella paz y dulzura que no la abandonaban aun en medio de tan terribles pruebas.

El domingo veinte de abril de 1913 sintiéndose algo febril, es trasladada a su lecho, en donde por temor a alguna complicación se le administra el Santo Viático, a pesar de haber comulgado la misma mañana. Vuelve a recibir al Señor a la mañana siguiente; y conservando claras todas sus facultades hasta el último momento, y después de una breve y suave agonía, sin estertor ni congoja, entrega el alma al criador rodeada de todos sus hijos el lunes 21 de abril de 1913 a las cinco de la tarde, la que fue modelo de damas y ejemplo de esposas y madres cristianas.

Sobresalen entre sus virtudes en primer termino su caridad para con el prójimo, tanto en la forma de estar siempre dispuesta a socorrerlo, ya material, ya moralmente, como por el cuidado que puso en evitar siempre en sus conversaciones la menor palabra que pudiera lastimar reputaciones ajenas o en permitir que en su presencia se hiciese. Solía decir con frecuencia con el Evangelio: « No juzgéis y no seréis juzgados ».

De esa conducta se originó siempre una gran corriente de simpatía en todos los que la rodeaban y que tan sinceras lágrimas ha hecho verter a tantos que la amaban.

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica:
Gerente: JOSE GAMBINO.
Establec. Tip. de la S. A. Int. de la Buena Prensa
Corso Regina Margherita, N. 176- TURIN.